

Narrativa Cardinal Argentina

2. CHACO. CORRIENTES. FORMOSA ENTRE RÍOS. SANTA FE. MISIONES



CUENTOS AL SUR DEL MUNDO



Narrativa Cardinal Argentina

2. CHACO. CORRIENTES. FORMOSA ENTRE RÍOS. SANTA FE. MISIONES



CUENTOS AL SUR DEL MUNDO

Presidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Educación

Prof. Alberto Sileoni

Jefe de Gabinete de Asesores

Lic. Jaime Perczyk

Secretaría de Educación

Prof. María Inés Abrile de Vollmer

Secretario del Consejo Federal de Educación

Prof. Domingo De Cara

Directora del Plan Nacional de Lectura

Margarita Eggers Lan

Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto

Canciller Héctor Marcos Timerman

Jefe de Gabinete

Embajador Antonio Gustavo Trombetta

Presidenta del Comité Organizador Frankfurt 2010

Embajadora Magdalena Faillace



Selección, edición y diseño

Plan Nacional de Lectura

Selección

Graciela Bialet, Ángela Pradelli,
Natalia Porta, Silvia Contín y
Margarita Eggers Lan

Corrección

Silvia Pazos

Diseño gráfico

Juan Salvador de Tullio

Mariana Monteserin

Elizabeth Sánchez

Natalia Volpe

Ramiro Reyes

Paula Salvatierra



Textos seleccionados por la coordinadora de esta Región, Natalia Porta.

Contacto: planlectura@me.gov.ar

plecturamarga@gmail.com

PRÓLOGO



Cuentos al sur del mundo conforman una antología que pretende “leer” a nuestra Argentina de la cabeza a los pies. En un país cuyas identidades culturales son tan diversas como cada una de las regiones y provincias que la componen, esta pequeña selección quiere mostrar una pincelada de las valiosas producciones que construyen nuestra Narrativa Cardinal Argentina.

El Plan Nacional de Lectura extiende los brazos más allá de sus límites naturales para mostrar al mundo la riqueza de sus palabras y provocar en quienes tengan la oportunidad de recorrer estas páginas la pasión por la buena lectura, por la que trabaja a diario en todos los rincones de la patria.

Esperamos que estos cuentos, seleccionados por cada una de las coordinadoras del Plan Nacional, conozcan nuevos ojos para seguir asombrando al mundo.

Plan Nacional de Lectura

Ministerio de Educación de la Nación Argentina





ÍNDICE



CHACO



CORRIENTES



FORMOSA

5
••

- La creciente
Gustavo Roldán
Pág. 8

- Decir amigo
Norberto Lischinsky
Pág. 16

- Desde el pozo
Orlando Van Bredam
Pág. 26

- Kilómetro 11
Mempo Giardinelli
Pág. 10

- Los mocasines
de Van Gogh
Martín Alvarenga
Pág. 20

- Abuelo
Hugo del Rosso
Pág. 29

- Agua hervida
Darwy Berti
Pág. 23



6



ENTRE RÍOS



SANTA FE



MISIONES

• Aarón y la cabra

Perla Suez

Pág. 36

• El Gato

Patricia Suárez

Pág. 49

• El casamiento

Olga Zamboni

Pág. 58

• El tren gaucho

Juan José Manauta

Pág. 40

• Piedras como estrellas

Angélica Gorodischer

Pág. 52

• La vaca

Rosita Escalada Salvo

Pág. 62

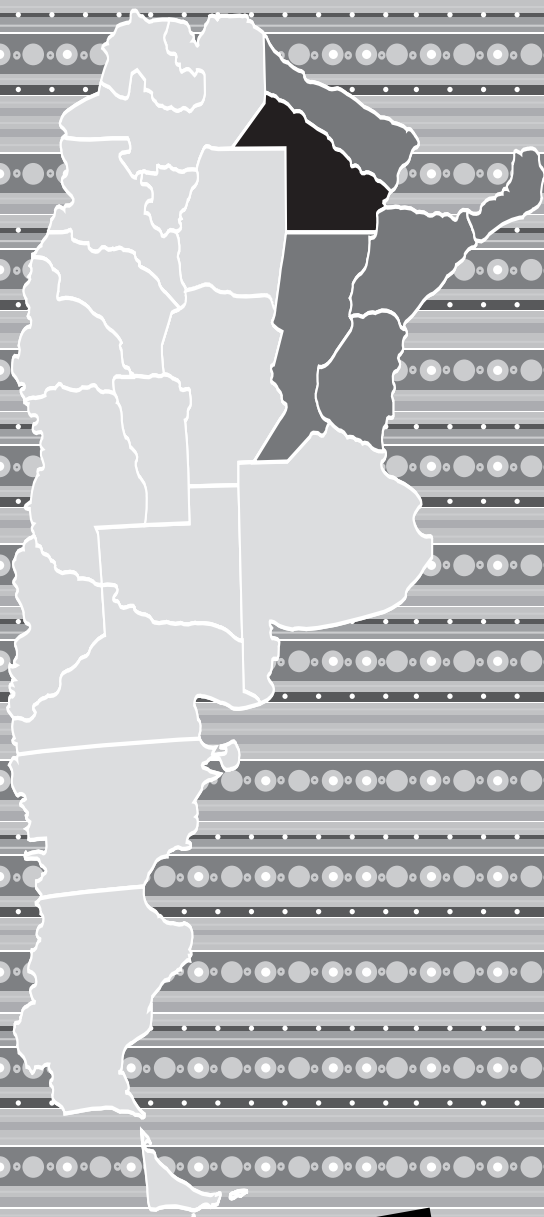
• El service

María Inés Krimer

Pág. 42



Narrativa Cardinal Argentina



CHACO

La creciente

Gustavo Roldán

09

El río crecido tronaba y rugía como diez mil leones juntos. A la orilla, el oso hormiguero y el quirquincho miraban los troncos y los árboles arrastrados que daban vueltas y vueltas.

El sapo llegó y miró el agua con indiferencia.

—Don sapo, el río lleva árboles enteros —dijo el quirquincho—. ¿Vio qué creciente más grande?

—¿Grande? No me haga reír. Grande eran las crecientes de antes.

—¿Sí, don sapo? ¿Llevaban árboles?

—No, m'hijo, árboles no. No se molestaban con cosas chicas. Llevaban el monte entero.

—¿Y adónde iba a parar ese monte?

—Nunca faltaba un lugar sin árboles, y ahí dejaban todo el monte. Y dejaban los árboles con pájaros y todo.

—¿Y usted vio esas crecientes? —preguntó el oso hormiguero.

—¿Si las vi? Con decirle que una noche me agarró una y me llevó tan lejos como usted no se imagina. Me hizo dar media vuelta al mundo.

—¿Media vuelta al mundo, don sapo? ¡Qué barbaridad! ¿Y cómo hizo para volver?

9
••

—¿Volver? Era imposible volver. ¿No le digo que estaba en la otra punta del mundo?

—Pero ahora está aquí otra vez.

—Sí. Pero no volví. Usted sabe que el mundo es redondo, ¿no? Bueno, entonces me quedé y esperé y esperé.

—¿Qué esperaba, don sapo? —preguntó el quirquincho.

—Otra creciente, m'hijo. Un año entero esperé. Ya me estaba acostumbrando a vivir ahí cuando justo vi que se venía una.

—¿Qué hizo, don sapo?

—Me tiré de cabeza en medio de la creciente, y seguí para adelante, dando la otra media vuelta al mundo. Cuando la creciente pasó por aquí, me bajé.

—¿Y el monte, don sapo?

—Me lo traje conmigo. ¿No ve que está aquí? Eso sí, dejé algunos árboles de recuerdo y me traje unas palmeras del África. ¿De dónde cree que salen esas palmeras?

El río seguía rugiendo como diez mil leones juntos. El sapo se fue saltando, mordiendo el palito de una flor de mburucuyá.

Al alejarse miró el río de reojo, diciendo:

—Ja, si sabrá de crecientes este sapo. ■

GUSTAVO ROLDÁN

Nació en Sáenz Peña, Chaco, en 1935. Estudió en Córdoba y actualmente vive en la Ciudad de Buenos Aires. Ha transitado por el periodismo, la docencia y la actividad editorial, y se ha destacado como escritor de literatura infanto-juvenil. Ha recibido importantes premios y reconocimientos. Algunos de sus libros son: *Cada cual se divierte como puede*, *Como si el ruido pudiera molestar*, *Un largo roce de alas*, *Dragón*; y *El carnaval de los sapos*, de donde se tomó este cuento.

Kilómetro 11

Mempo Giardinelli

Para Miguel Angel Molfino

Para mí que es Segovia –dice Aquiles, pestañeando, nervioso, mientras codea al Negro López–. El de anteojos oscuros, por mi madre que es el cabo Segovia.

El Negro observa rigurosamente al tipo que toca el bandleón, frunciendo el ceño, y es como si en sus ojos se proyectara un montón de películas viejas, imposibles de olvidar.

La escena, durante un baile en una casa de Barrio España. Un grupo de amigos se ha reunido a festejar el cumpleaños de Aquiles. Son todos ex presos que estuvieron en la U-7 durante la dictadura. Han pasado ya algunos años, y tienen la costumbre de reunirse con sus familias para festejar todos los cumpleaños. Esta vez decidieron hacerlo en grande, con asado al asador, un lechón de entrada y todo el vino y la cerveza disponibles en el barrio. El Moncho echó buena la semana pasada en el Bingo y entonces el festejo es con orquesta.

Bajo el empujón, un cuarteto desgrana chamamés y polkas, tangos y pasodobles. En el momento en que Aquiles se fija en el bandleón de anteojos negros, están tocando "Kilómetro 11".

–Sí, es –dice el Negro López, y le hace una seña a Jacinto.

Jacinto asiente como diciendo yo también lo reconocí.

Sin hablarse, a puras miradas, uno a uno van reconociendo al cabo Segovia.

Morocho y labiudo, de ojitos sapipí, siempre tocaba "Kilómetro 11" mientras a ellos los torturaban. Los milicos lo hacían tocar y cantar para que no se oyeran los gritos de los prisioneros.

Algunos comentan el descubrimiento con sus compañeras, y todos van rodeando al bandoneonista. Cuando termina la canción, ya nadie baila. Y antes de que el cuarteto arranque con otro tema, Luis le pide, al de anteojos oscuros, que toque otra vez "Kilómetro 11".

La fiesta se ha acabado y la tarde tambalea, como si el crepúsculo se hiciera más lento o no se decidiera a ser noche. Hay en el aire una densidad rítmica, como si los corazones de todos los presentes marcharan al unísono y sólo se pudiera escuchar un único y enorme corazón.

Cuando termina la repetición del chamamé, nadie aplaude. Todos los asistentes a la fiesta, algunos vaso en mano, otros con las manos en los bolsillos, o abrazados con sus damas, rodean al cuarteto y el empujado semeja una especie de circo romano en el que se hubieran invertido los roles de fiera y víctimas.

Con el último acorde, El Moncho dice:

—De nuevo —y no se dirige a los cuatro músicos, sino al bandoneonista—. Tocalo de nuevo.

—Pero si ya lo tocamos dos veces —responde éste con una sonrisa falsa, repentinamente nerviosa, como de quien acaba de darse cuenta de que se metió en el lugar equivocado.

—Sí, pero lo vas a tocar de nuevo.

Y parece que el tipo va a decir algo, pero es evidente que el tono firme y conminatorio del Moncho lo ha hecho caer en la cuenta de quiénes son los que lo rodean.

—Una vez por cada uno de nosotros, Segovia —tercia El Flaco Martínez.

El bandoneón, después de una respiración entrecortada y afónica que parece metáfora de la de su ejecutante, empieza tímidamente con el mismo chamamé. A los pocos compases lo acompaña la guitarra, y enseguida se agregan el contrabajo y la verdulera.

Pero Aquiles alza una mano y les ordena silenciarse.

—Que toque él solo —dice.

Y después de un silencio que parece largo como una pena amorosa, el bandoneón hace un da cappello y las notas empiezan a parir un "Kilómetro 11" agudo y chillón, pero legítimo.

Todos miran al tipo, incluso sus compañeros músicos. Y el tipo

transpira: le caen de las sienes dos gotones que flirtean por los pómulos como lentos y minúsculos ríos en busca de un cauce. Los dedos teclean, mecánicos, sin entusiasmo, se diría que sin saber lo que tocan. Y el bandoneón se abre y se cierra sobre la rodilla derecha del tipo, boqueando como si el fueye fuera un pulmón averiado del que cuelga una cintita argentina.

Cuando termina, el hombre separa las manos de los teclados. Flexiona los dedos amasando el aire, y no se decide a hacer algo. No sabe qué hacer. Ni qué decir.

–Sacate los anteojos –le ordena Miguel–. Sacáelos y seguí tocando.

El tipo, lentamente, con la derecha, se quita los anteojos negros y los tira al suelo, al costado de su silla. Tiene los ojos clavados en la parte superior del fueye. No mira a la concurrencia, no puede mirarlos. Mira para abajo o eludiendo focos, como cuando hay mucho sol.

–"Kilómetro 11", de nuevo –ordena la mujer del Cholo.

El tipo sigue mirando para abajo.

–Dale, tocá. Tocá, hijo de puta –dicen Luis, y Miguel, y algunas mujeres.

Aquiles hace una seña como diciendo no, insultos no, no hacen falta.

Y el tipo toca: "Kilómetro 11".

Un minuto después, cuando suenan los arpegios del estribillo, se oye el llanto de la mujer de Tito, que está abrazada a Tito, y los dos al chico que tuvieron cuando él estaba adentro. Los tres, lloran. Tito moquea. Aquiles va y lo abraza.

Luego es el turno del Moncho.

A cada uno, "Kilómetro 11" le convoca recuerdos diferentes. Porque las emociones siempre estallan a destiempo.

Y cuando el tipo va por el octavo o noveno "Kilómetro 11", es Miguel el que llora. Y el Colorado Aguirre le explica a su mujer, en voz baja, que fue Miguel el que inventó aquello de ir a comprarle un caramelo todos los días a Leiva Longhi. Cada uno iba y le compraba un caramelo mirándolo a los ojos. Y eso era todo. Y le pagaban, claro. El tipo no quería cobrarles. Decía: no, lleve nomás, pero ellos le pagaban el caramelo. Siempre un único caramelo. Ninguna otra cosa, ni puchos. Un caramelo. De cualquier gusto, pero uno solo y mirándolo a los ojos a Leiva Longhi. Fue un desfile de ex presos que todas las tardes se paró frente al kiosco, durante tres años y pico, del 83 al 87, sin faltar ni un solo día, ninguno de ellos, y sólo para decir: "Un caramelo, deme un caramelo", y así todas las tardes hasta que Leiva Longhi murió de cáncer.

De pronto, el tipo parece que empieza a acalambrarse. En esas últimas versiones pifió varias notas. Está tocando con los ojos cerrados, pero se equivoca por el cansancio.

Nadie se ha movido de su lado. El círculo que lo rodea es casi perfecto, de una equidistancia tácitamente bien ponderada. De allí no podría escapar. Y sus compañeros están petrificados. Cada uno se ha quedado rígido, como los chicos cuando juegan a la tatuíta. El aire cargado de rencor que impera en la tarde los ha esculpido en granito.

—Nosotros no nos vengamos —dice el Sordo Pérez, mientras Segovia va por el décimo "Kilómetro 11". Y empieza a contar en voz alta, sobreimpresa a la música, del día en que fue al consultorio de Camilo Evans, el urólogo, tres meses después que salió de la cárcel, en el verano del 84. Camilo era uno de los médicos de la cárcel durante el Proceso. Y una vez que de tanto que lo torturaron el Sordo empezó a mear sangre, Camilo le dijo, riéndose, que no era nada, y le dijo "eso te pasa por hacerte tanto la paja". Por eso cuando salió en libertad, el Sordo lo primero que hizo fue ir a verlo, al consultorio, pero con otro nombre. Camilo, al principio, no lo reconoció. Y cuando el Sordo le dijo quién era se puso pálido y se echó atrás en la silla y empezó a decirle que él sólo había cumplido órdenes, que lo perdonase y no le hiciera nada. El Sordo le dijo no, si yo no vengo a hacerte nada, no tengas miedo; sólo quiero que me mires a los ojos mientras te digo que sos una mierda y un cobarde.

—Lo mismo con este hijo de puta que no nos mira —dice Aquiles—. ¿Cuántos van?

—Con éste son catorce —responde el Negro—. ¿No?

—Sí, los tengo contados —dice Pitín—. Y somos catorce.

—Entonces cortala, Segovia —dice Aquiles.

Y el bandoneón enmudece. En el aire queda flotando, por unos segundos, la respiración agónica del fueye.

El tipo deja caer las manos al costado de su cuerpo. Parecen más largas; llegan casi hasta el suelo.

—Ahora alzá la vista, miranos y andate —le ordena Miguel.

Pero el tipo no levanta la cabeza. Suspira profundo, casi jadeante, asmático como el bandoneón.

Se produce un silencio largo, pesadísimo, apenas quebrado por el quejido del bebé de los Margoza, que parece que perdió el chupete pero se lo reponen enseguida.

El tipo cierra el instrumento y aprieta los botones que fijan el acordeón. Después lo agarra con las dos manos, como si fuera una ofren-

da, y lentamente se pone de pie. En ningún momento deja de mirarse la punta de los zapatos. Pero una vez que está parado todos ven que además de transpirar, lagrimea. Hace un puchero, igual que un chico, y es como si de repente la verticalidad le cambiara la dirección de las aguas: porque primero solloza, y después llora, pero mudo.

Y en eso Aquiles, codeando de nuevo al Negro López, dice:

–Parece mentira pero es humano, nomás, este hijo de puta. Mírenlo cómo llora.

–Que se vaya –dice una de las chicas.

Y el tipo, el Cabo Segovia, se va. ■

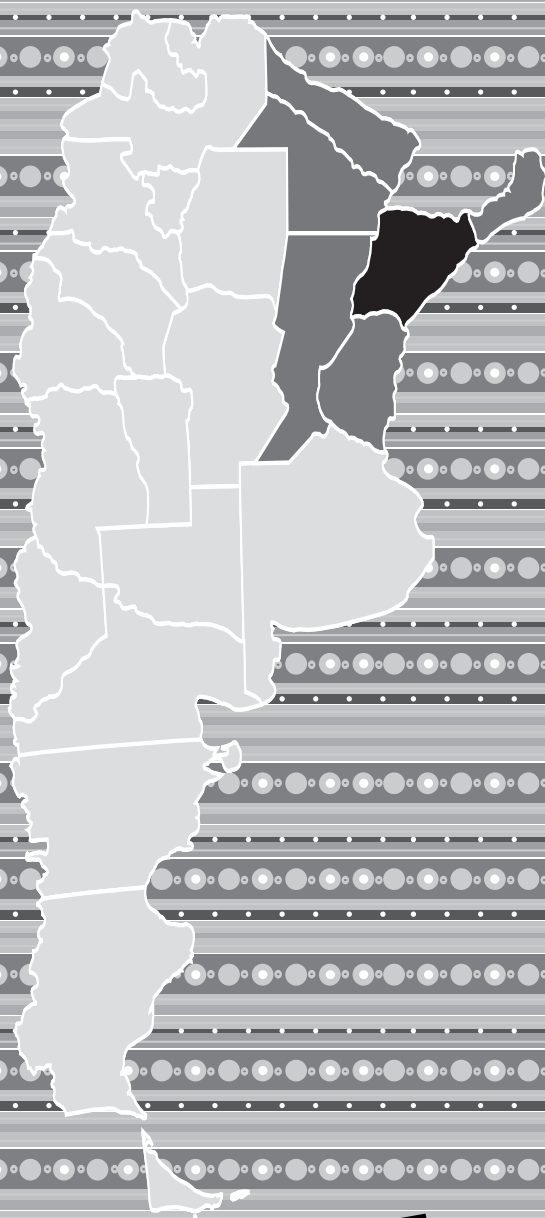
© Mempo Giardinelli, en *Cuentos completos*, Seix Barral)

MEMPO GIARDINELLI

Nació y vive en el Chaco. Narrador, ensayista y periodista, su obra ha sido traducida a varios idiomas y obtuvo importantes galardones, entre ellos el Premio Rómulo Gallegos 1993. Vivió exiliado en México entre 1976 y 1984, y fue fundador y director de la revista *Puro cuento*. En 1999 donó su biblioteca personal a la fundación que lleva su nombre, la que desarrolla una importante labor cultural, educativa y social y patrocina desde 1996 los Foros Internacionales por el Fomento de Libro y la lectura.

Entre sus obras se encuentran: *La revolución en bicicleta*, *Luna Caliente*, *Santo Oficio de la Memoria*, *Imposible equilibrio*, *Visitas después de hora* y *Estación Coghlan* y otros cuentos.

www.mempogiardinelli.com



CORRIENTES

Decir amigo

Norberto Lischinsky

Cacho Bruno era obcecado y grosero, pero siempre buen amigo. Tal vez la misma terquedad y alguna pereza de pensamiento lo instaron a organizar la vida a lo largo de esa sobreabundancia. "Soy el mejor amigo de mis amigos", empezó a decir cuando le despuntó la barba. Sacaba un atado de cigarrillos y convidaba.

El colegio le permitía ejercer su manía con alarde de matices, pero en el aire envenenado del café sentaba cátedra de noche, después de asistir por fórmula a las milanesas de la madre. Tirso, debatiéndose en las complicaciones de la molicie, era el centro de sus afanes. "Vamos a charlar con la tipa, pelotudo", lo serenaba, "no te aplaza, quedate tranquilo". Dos ojos de ardilla animaban la cara huesuda de Tirso, sumido, largo y de rodillas inquietas. Eran vecinos, compañeros de juegos desde que salieron a la calle por primera vez.

Lo de Manzano se les ocurrió porque sí, porque las noches comenzaron a parecerles demasiado iguales y desovilladas. Hartaba, quizás, inventar las bondades de los volantes de Libertad y las alternativas en su línea media. Pero, aún más que el hastío, las calles yermas invitaban en su desprotección a tomar revancha de aquel orden diurno recibido sin apelación y rechinando los dientes. Se ofrecían tanto como se les negaban las mañanas, formar fila, cállese que lo amonesto.

El viejo Manzano tenía un almacén de esquina, con un mostrador gris y ristras de salamines goteando viscosidades sobre el piso de

ladrillos. Las hijas eran feas, de bigotes cerriles y los ojos hundidos en cuencas moradas. Sirvieron de víctimas porque los muchachos debían acortar las noches, pero también por mansos. Los perdió vivir en una esquina: si Manzano hubiese puesto el almacén a mitad de cuadra, la historia habría sido diferente.

Tirso y Cacho llegaban ya bien entrada la noche. La campaña tenía su ritual, que la repetición y el miedo fueron puliendo. El sigilo era deliberado, mantenido a susurros y zapatillas de básquet. Debían asegurarse de que nadie viniera por ninguna de las dos calles; si se cruzaban con alguien del barrio, volvían a casa sin entrar en acción. Era noche franca para Manzano.

Las mañás de general de Cacho Bruno habían impuesto la táctica. “Jamás, jamás”, pontificó, la mano del cigarrillo en alto, “debe repetirse el ángulo de ataque”. Podían acercarse por la vereda de enfrente, un largo paredón ciego, y cruzar de pronto hasta la ventana. O doblar la esquina con Cacho caminando al frente, decidido y balanceando los brazos. O llegar por la misma cuadra de la casa, pararse frente a la ventana y (ahí la acción se remedaba a sí misma), pasando la mano entre las rejas, golpear el vidrio con la mano abierta: “¡Manzano, tus hijas son unas putas!”. Fuerte el cacheteo de las ventanas sin postigo, las voces se desacomodaban en un falsete del apuro y la adolescencia, los cristales vibrando eran la única huella que dejaban mientras el repliegue se ejercitaba al galope y en sentido contrario del que usaran para llegar hasta detenerse junto a la verja de la casa de Cacho, jadeando y a las risotadas.

Fue Manzano porque se accedía a su ventana casi sin anuncio, porque tenía hijas, porque sabían su apellido. Pero cualquier otro Manzano habría servido para pulsar el coraje, para llegar con las mejillas palpitando hasta unos metros de su casa, apagar el cigarrillo, juntar el aire necesario y huir después del palmoteo sobre los vidrios: “¡Manzano, tus hijas son unas putas!”. Nadie sabía en el café de esas correrías. Era obvio que no se trataba de una historia para ufanarse aunque los sedujera al punto de impacientarse esperando la hora de enfilear a lo de Manzano. La ronda de analistas deportivos no comprendería esa liturgia de la noche, el encanto de corretear bajo los focos y golpear la ventana de un viejo.

Sin embargo, esas desapariciones a dúo terminaron por crearles la reputación de galanes reservados. Cuando suponía que era hora de marcharse, Cacho se ponía de pie y recordaba: “Tirso, tenemos que ir a ver a las chicas”. Jamás estuvieron dispuestos a extenderse sobre el punto, pero su misma discreción acabó por convencer a la barra de que estaban en algún enredo de faldas, seguramente con mujeres casadas.

En la calle, Cacho le rodeaba los hombros con un brazo. “Tirsito, vos sos un gil para elegir amigos. Te invento esta joda de Manzano para cagarnos de risa y encima quedás como un rey con los muchachos”, lo apretaba contra su pecho. “No, pibe, si Cacho Bruno nunca te va a dejar en banda”.

Todas las noches reincidían en la reja de Manzano. Variando las horas, pero todas las noches. Un sábado (habían ido al cine sin pasar por el café), Tirso intuyó que alguien estaría escondido, esperándolos detrás del murallón que enfrentaba la casa del viejo. Entre remezones de una digestión pesada y las incertidumbres de la pantalla, Tirso supuso un vigilante aguardando armas en mano después de la pared. Le castañetearon los dientes y anunció que esa noche no, que mejor se iba. Con recursos de callejero, yendo desde llamados a la hombría y hasta los empujones, Cacho lo retuvo a un paso de la casa de Manzano. “Para qué están los amigos, pelotudo”, repitió un par de veces mientras trepaba al muro. Lo recorrió de punta a punta, inclinando el torso sobre el basural bullente de lauchas, encendiendo fósforos a contraviento para despejar las sospechas de su compinche. Tirso lo seguía desde la vereda, desencajado de pavor y abochornado por la demostración de amistad. Volvieron en silencio, sin haber visitado a Manzano y la mano de Cacho sobre el hombro de Tirso.

El invierno no les torció el hábito. Repatingados en el café, se deslizaban con pasión por la superficie de la vida. Afirmaciones definitivas, entrealas desahuciados y a medianoche despedirse con rumbo a las chicas. Después, el abordaje a la ventana, los cachetazos al vidrio, los gritos perforando la noche: “¡Manzano, tus hijas son unas putas!”. Todo igual: el colegio, los padres, la amistad de Cacho, el café, las corridas en la esquina frente al murallón.

Esa vez los adoquines lucían resplandecientes tras la lluvia de la tarde, con destellos de mica bajo la pátina húmeda. Pero unas rachas frías limpiaron el cielo y la noche se abrió transparente. Cacho sentía la cabeza abotagada por la gripe. Desplegaba el pañuelo y lo llenaba de un moco chirle, sin aliviar la presión que sentía en las sienes. Eso lo impacientaba, el ardor que la insistencia del pañuelo le imponía en la nariz y una discusión crispada entre el mozo y dos uruguayos sobre sandwiches mal cobrados. Prefirieron entonces el fresco de la vereda; la distracción de la charla los ubicó en la cuadra de Manzano.

Para esa noche, Cacho eligió una táctica trivial: recorrer los últimos metros de la calle empedrada, sobre la cual Manzano no tenía aberturas. Torcer la esquina atentos a la llegada de algún trasnochador y, si el camino estaba despejado, caer sobre la ventana. Tal vez en atención a su constipado, Cacho optó por la huida más directa: trotar poco menos de una cuadra y después alejarse al paso, ya fuera de la vista del viejo.

Recostados sobre el muro, esperaron que Tirso terminara de fumar. Pitaba escondiendo el cigarrillo en el hueco de la mano y Cacho lo miraba con paciencia, entre padre y hermano mayor. Aspiró los mocos que se derramaban rebeldes y le arreó una palmada en la nuca. “Hijo de puta, vos no sabés elegir amigos”, le amagó otro golpe.

Dieron vuelta la esquina caminando a zancadas largas. Sólo el balanceo de las lámparas agitadas por el viento quebraba el reposo. Con el gesto familiar, aprendido en la insistencia de tantas noches, se inclinaron sobre la reja y azotaron dos veces el vidrio de la ventana. Chas, chas. “¡Manzano, tus hijas son unas putas!”. El grito no se había aún desvanecido en la oscuridad cuando el hábito les giró los cuerpos, los puso codo a codo y calle arriba, Tirso junto a la pared. La repetición mecánica del rito, el pistón deslizándose sin término en su cilindro.

El fulgor alucinado en los ojos de Manzano fue seguramente el estallido. El fulgor o la impotencia que le fluyó ronca en el alarido, “¡Ahí los agarré, guachos de mierda!”, la cara desfigurada y el pijama de su espera, Manzano recortado bajo el péndulo de las luces, el vozarrón ronco de Manzano destrozándoles la liturgia de las noches en la vereda, los enloquecidos ojos de Manzano que se negaban a ver una broma de muchachos, Manzano interponiéndose en el trote que los llevaba a la esquina y a la verja y al descanso muelle en la almohada, Manzano alzado como un arrecife adonde su curso los arrojaba en una inmensurable astilla de tiempo y de terror, a Manzano y su pijama y su grito y la boca del revólver que aferraba.

Cacho Bruno, casi con tranquilidad, como si hubiera vivido ese calado momento, reconstruyó el *déjà vu* con pulcritud, entre padre y hermano mayor. Dio un paso al costado y empujó a Tirso sobre el viejo. Manzano, el dedo en el gatillo, había decidido mucho antes cobrarse la zozobra de sus noches. ■

NORBERTO LISCHINSKY

Nació en Buenos Aires en 1953 y vivió gran parte de su infancia y juventud en Concordia, Entre Ríos. Se estableció en Corrientes con su familia en los inicios de los años 80. Tradujo numerosas obras (novelas y cuentos) del hebreo al español. En 1990 recibió la Faja de Honor de la SADE. Ocupó el cargo de Subsecretario de Cultura de la Provincia de Corrientes (2003-2007). Algunas de sus obras son: *Blues del hombre solo* (poemas, 1979), *Antimocitos* (cuentos, 1986) y *La señorita Clara* (Marymar Ediciones, Buenos Aires, 1990), de donde fue tomado el cuento que se reproduce. Murió en 2008.

Los mocasines de Van Gogh

Martín Alvarenga

Había vuelto de madrugada, con unas copas de más. Los mareos, el paso vacilante y el fuerte dolor de cabeza, consecuencia de una borrachera que me había causado estragos, despejada con una taza de café que me ofrecieran mis amigos antes de que regresara.

Al otro día muy temprano abrí la puerta del dormitorio, que mediante el pasillo se comunicaba con el living, y me sorprendió el hallarme ante un desorden de muebles y papeles y libros al azar, muchos de ellos volcados en el piso.

Los ladrones que habían entrado se llevaron todo, incluso el reloj de pared, la araña y la bombita de luz de la lámpara colocada en el pequeño escritorio del living. Suerte que mis ropas que estaban en el placard del dormitorio se salvaron, en cambio mis dos pares de zapatos y mi único par de zapatillas que habitualmente dejaba entre la cocina y el comedor no estaban.

Me miré acongojado, los pies cubiertos por unas medias grises estampadas con figuras geométricas, me incliné hacia adelante y me acaricié las medias a nivel de los dedos, a mí, a mí justo me tenía que venir a pasar; y en procura de reanimarme, ya es hora de ir al laburo, en patas o en chancletas, no me queda otra.

No había nadie que me sacara del aprieto.

Los vecinos en su mayoría ya se habían marchado, y no había tiem-

po para buscar a alguien que llevase un calzado de mi misma medida.

Me pasé girando en torno a la mesita ratona miles de veces como si creyera que en esas vueltas el tiempo se detendría para esperarme, sin embargo me detenía yo y el tiempo aceleraba con furiosa ironía.

Cuando miré la pared de la izquierda, del lado donde colgaba hasta hacía poco el reloj de pared, descubrí la pequeña reproducción de una pintura de Van Gogh que estaba allí hacía tiempo. Se trataba de sus famosos zapatos azules. Los tomé del cuadro y los palpé y, enseguida, los torcí desde la puntera y el taco, de arriba abajo y de abajo arriba, repetidas veces. Son nobles y deben de ser cómodos y flexibles. Se ve que lo son porque ya los tengo puestos y me resultan increíblemente cómodos, cómo te quiero zapatito, amor a primera vista como ves.

Camisa, corbata, pantalón y saco, raya al costado con el peine de dientes finos, todo el ritual mañanero con las medias, que me las pongo al final, y otra vez los zapatos y hasta luego.

La calle estaba atestada, me seducía la multitud desde pequeño y no sentía aprensión por lo ocurrido, ¡a quién no lo desvalijaban en estos tiempos!

Ya en el ascenso, sentía que mis pies se asentaban en plataformas aerodinámicas.

Eso de andar navegando por la ciudad con los mocasines, esto de pisar con la punta del calzado para apagar el cigarrillo teniendo en un destello la premonición de que los zapatos podían en algún momento desbordar mi voluntad. Qué manera de hacerme problemas, si el zapato me llevaba a mí y no yo a él. Tranquilo, tranquilo, quizás se me esté yendo la mano dándoles a estos zapatos más importancia de lo que realmente tienen.

Me divertía mucho con ellos. Nadie se daba cuenta de que los llevaba excepto yo, que tenía los pasos libres como nunca.

En efecto, llevar unos zapatos como los de Van Gogh es tener una bella sensación de libertad y poder. Es como andar sobre una motocicleta por la desgarbada avenida de los sueños. Es también como escalar una montaña, como bajar a la luna. Es muchas cosas esto de llevar los zapatos, es hasta llevar una pequeña flor en el hocico y recibir su aroma. Notaban todo eso en mí y no que llevaba los mocasines azules, pero también sabría mucho tiempo después que había en mi rostro un imperceptible e intenso gesto de tristeza, aunque este sentimiento yo lo camuflara con mi excursión ciudadana en mocasines.

Mi hermano menor cumplía años.

Una cena en su casa, para toda la familia.

Su invitación por teléfono a la oficina. El sábado a las diez, sí, no te olvides. Les queda bien a todos, sabés. Che, acordate de hacer la denuncia. No van a venir más. ¿Que no van a venir más? ¿Cómo es que estás tan seguro? Se suceden comentarios de rutina con el tema de las jaquecas de su mujer y de sus dos hijos adolescentes, recordándome él que la juventud no era como antes, y este hermano solterón que lo escuchaba aunque se pusiera algo plomo, cuidate, che, que con los tiempos que corren te la sacaste barata.

Llegábamos casi al final de la reunión donde el brindis se repetía, enfatizando el deseo de buenos augurios que acrecía con mutuos recuerdos y sentimientos compartidos que se actualizaban espontáneamente entre risas y bromas.

No sé en qué momento una furia o un pavor incontenible fluyó de mi mano derecha como un relámpago o como la declinación de un resplandor tras una dilatada vigilia.

Encerraba en ella el cuchillo con el cual estaba cortando una porción de torta y dirigí la diestra hacia la izquierda con el filo en punta.

En alguna fracción de segundo mi hermano habría adivinado la intención porque me asió de la muñeca con el pulgar y el índice como una tenaza deteniendo el corte aunque no la sangre que manaba.

Me miré la mano vendada y luego me detuve en la reproducción de la pared adonde habían regresado los zapatos, abandonados a su superficie natural e imaginaria.

Cuando caí en la cuenta de que el mundo me llamaba, me apresuré a salir.

Afuera el frío arreciaba como nunca. De traje y descalzo cruzaba la línea peatonal de la bocacalle, luciendo mis bonitas medias estampadas. ■

MARTÍN ALVARENGA

Nació en 1946 en Corrientes, donde aún reside y trabaja como publicitario y periodista. Es autor de varios libros de cuentos y algunas novelas, entre ellas *La bolsa de los magos* (1984) y *País alucinógeno* (1987). Este cuento fue tomado de su libro *Los Fantacuentos*. (Ediciones del Valle, Corrientes, 1998).

Agua hervida

Darwy Berti

24
••

Ella era pobre como una araña. Sólo le quedaba ese hijo de un amor también miserable. Abandonada. Su rostro continuaba en el espejo las resquebraduras de los golpes de la vida. Allí, a la orilla del río, en su rancho, solía jugar largamente con su niño hasta que aparecían las primeras estrellas. Pero hoy el niño no jugaba. Estaba enfermo. "Habrà sido el pescado frito", se dijo la madre. De lo lejos venían sobre el agua voces confusas, acaso pescadores que desde sus canoas lanzaban redes, acaso fantasmas. Salió a la noche a juntar yuyos para el empacho. "Con un poquito de payco y de yerba del lucero se le pasará", pronosticó mientras sus manos buscaban entre las sombras aquellas hojas salvadoras.

Un fuerte olor a yerba hervida llenó el rancho. Dio de beber al niño en pequeños sorbos y puso todas sus esperanzas en aquel líquido oloroso con color de miel. Pero de nada sirvió, la noche se hizo dura con los quejidos del niño, con el aullido de los perros y los alaridos lejanos que venían del medio del río.

Ni bien amaneció, se fue al Centro Asistencial que estaba del otro lado de la Avenida, a unas diez cuadras de su rancho. Fue la primera en llegar. A los minutos apareció la enfermera, que abrió la puerta. Le dijo que se sentara. Le preguntó por el chico. "Debe ser un empacho no más", asintió casi doctoralmente. Habían aparecido más gentes. El dolor se hizo más grande en la sala. Lloriqueos, miradas lastimosas, ojos vidriosos de fiebre. "Los amaneceres del pobre", pensó el doctor al

entrar y ver ese pequeño escenario de la enfermedad. Hacía apenas unos meses que se había recibido. Su juventud le permitía ser sentimental. Sus colegas más veteranos no le perdonaban esa inocencia. Atendió al hijo de la mujer del río. "Hágale unos enemas con agua hervida", le dijo pensando que esa mujer no tendría ni para comprar un Uvasal. "Un flor de empacho, nada más", agregó, para calmarla. "Los pobres también son sentimentales", se confesó para sus adentros al mirar tan de cerca aquel rostro de la madre.

Ya estaba por ser la una en el reloj de la pared. El doctor fumaba un cigarrillo, esperando que la flecha alcanzara la pequeña rayita negra, para irse. La enfermera acomodaba las jeringas, los estuches, todas las piezas de ese juego contra la muerte, cuando de pronto entró, el rostro convulsionado, con el niño en los brazos, la mujer del río. El niño parecía como achicharrado por adentro, con los bracitos y las piernas encorvados y el rostro desencajado en un dolor inaudito, como cristalizado:

—¡Doctor, doctor, se muere mi hijo! —gritó la mujer, desesperada.

El doctor tomó al niño en sus brazos y comprendió en el acto toda la terrible tragedia, más cruel cuanto irónica.

—Qué le ha hecho usted a la criatura —empezó a decir con rabia decreciente, a medida que comprendía la gravedad de su oficio, el malentendido de vivir, y que frente a la muerte no hay causas pequeñas.

Ella respondió entre lágrimas que sólo había hecho lo que el doctor le ordenó, afirmó.

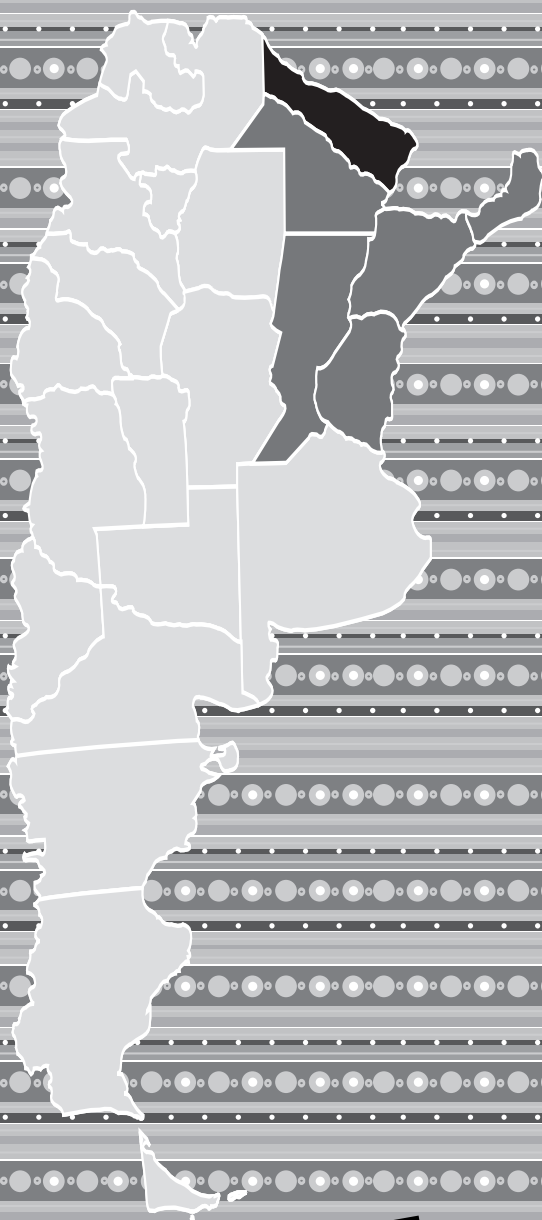
—Le puse enemas de agua hervida —afirmó.

—No —corrigió el doctor con una tristeza que había que escuchar, no leer— no, usted no le hizo enemas con agua hervida, sino con agua hirviendo.

Afuera el sol estaba en el cenit y parecía que la vida entera, el mundo entero se había detenido. ■

DARWY BERTI

Nació en Arazatí, Corrientes. Es periodista y promotor cultural. Ha publicado varios poemarios y participado en obras colectivas. Escribe semanalmente en la revista virtual *Momarandú*. El presente texto fue publicado en la antología de Osvaldo Pérez Chávez *Narradores actuales del Nordeste*, de 1970.



FORMOSA

Desde el pozo

Orlando Van Bredam

A mí siempre me gustó más la casa de la abuela. Sobre todo por el patio. Acá en el departamento de mamá te aburrís. Al principio no, me gustaba porque me pasaba en el balcón mirando los autos y los chicos que jugaban carreras en bicicleta y me gustaba tirar piedritas y paracaídas de celofán pero ya me cansé de todo eso. En cambio, desde que descubrí a los indiecitos carajá en el patio de la casa de mi abuela, no hago más que pensar en el sábado y el domingo que es cuando mi mamá me lleva o me tira como dice el abuelo mientras rezonga y resopla la pipa, pero yo sé que él igual me quiere y me quiere más que el tío Horacio, ese que hace como que me quiere y me trae siempre alfajores, parece que lo único que sabe es traer alfajores de no sé donde. Pero a mí no me importa, a mí me importan más los indiecitos carajá que descubrí una siesta mientras mis abuelos dormían, en el fondo del patio, pasando la huerta, casi con el tejido de don Bermúdez.

Mi abuela siempre me decía que no tenía que ir ahí porque ahí había antes un pozo de agua y que la tierra era más blanda y que me podía caer y todas esas cosas que dicen las mamis y las abuelas porque creen que uno es sonso y que siempre anda metiéndose en líos porque sí. Esa siesta cuando dormían y el abuelo roncaba como una locomotora, aproveché y despacito, despacito, me arriqué casi hasta el tejido y de pronto vi en el suelo seco, reseco, un agujero así. Sí, así de grande. Entonces me arrodillé y miré hacia adentro. Al principio todo estaba oscuro pero empezó a aclararse igual que cuando el abuelo

abre la puerta del galpón, al principio no ves nada pero después entra toda la luz y es como afuera. No había nada, primero no había nada. Entonces me senté y me puse a jugar con unas latitas de conserva como que eran soldados y los puse en fila cerca del pozo. Era un comando. Tenían la misión de bajar a investigar si había nazis. Los empujé uno por uno y puse el oído para ver cómo sonaban abajo. Fue ahí que me asusté porque escuché como un quejido o un grito. Y enseguida vi aparecer unas manos que se agarraban al borde y que querían salir. No me asusté. Me daba gracia lo chiquito de las manos. Como la muñeca de mi prima Lorena. Pero era un hombrecito y con mucha facilidad salió de pozo y detrás de él otros y otros y otros. No terminaban nunca de salir. Cuando los vi a todos juntos mirándome, me di cuenta de que era un malón de indios igual que en las películas. Pero eso sí, estos no tenían la cara pintada ni muchas plumas como los cheyenes. Una vincha roja y hachas y arcos y flechas. El primero que salió se acercó hasta mis rodillas que todavía seguían apoyadas en el suelo y alzando una lanza me dijo "Kaboi" por lo que entendí que era su nombre y que él era el jefe. Seguro que era el jefe porque era el único que hablaba y los demás me miraban en silencio y con los ojos así como si nunca hubieran visto a alguien tan grande. Era una risa. Cuando me paré no me llegaban ni a mi ombligo y retrocedieron asustados y con las lanzas me apuntaron y si yo hubiera querido de una patada hubiera hecho un desastre. Pero se veía que eran buenos y que querían ser amigos y por eso no hice nada y hasta me senté para poder estar más cerca de ellos. Kaboi levantó una mano, igual que en las películas, en señal de paz y amistad. Después recogió un pedazo de madera podrida y la mostró a los demás. Todos miraban como si fuera algo extraordinario y hacían gestos y hablaban y yo no entendía nada. Hasta se olvidaron de que estaba allí, sentado y mirándolos. Después de un ratito, Kaboi tiró la madera podrida, levantó una mano como antes y con una señal les dijo que volvieran al pozo. Era un plato ver cómo se largaban uno detrás del otro y caían y caían y yo por más que trataba no podía ver hasta dónde llegaban porque el pozo comenzó a oscurecerse más y más y después ya no se veía nada, nada, nada. El último en bajar fue Kaboi pero antes me miró a la cara y me hizo un guiño de compinche. Cuando me quedé solo pensé que no tenía que contarle a nadie lo que había visto. Además, no tenía a quien contárselo. En la casa de la abuela no tenía amigos, ni primos, ni nada. La abuela y el abuelo se enojarían mucho si llegaban a saber que me había acercado hasta el tejido de don Bermúdez. A mami no le importaba, porque lo único que le importaba era esperar el sábado de mañana al tío Horacio que siempre aparecía con sus repugnantes alfajores y después me tiraban en la cama de la abuela. Al tío Horacio, menos. A él lo único que le interesaba era besarla a mi mamá como aquella vez que los sorprendí en el living y me hice el sonso.

Al otro sábado, a la siesta, los indiecitos carajá no aparecieron. Fue inútil. Estuve un rato largo, sentado cerca del pozo. Hasta armé otro comando como la primera vez y hasta tiré algunas latas para ver qué pasaba. Pero nada. Me fastidié mucho y esa noche hasta me dio ganas de llorar, pero no quise llorar porque si no la abuela sale con que este chico está enfermo y todas esas pavadas que dicen los grandes cuando uno está triste. Y no saben por qué uno está triste y no les importa. Pero yo tenía la seguridad de que los iba a ver de nuevo y esperé al otro sábado y tampoco aparecieron.

Y cuando ya no me importaba mucho que salieran o no salieran porque lo que en realidad cada vez me gustaba más era el patio de la casa de mi abuela, vi aparecer como la primera vez las manos de Kaboi y a Kaboi. Pero solo. Vino solo y al verme me levantó la mano en señal de paz y yo hice lo mismo. Me hizo un guiño y yo también le hice un guiño. Entonces me animé y le pregunté por las dudas, por si entendía mi lenguaje aunque yo sabía que hablaba de otra manera, le pregunté por los demás indiecitos de su tribu. Entonces él recogió el mismo pedazo de madera de la otra vez y me dijo algo que le entendí clarito y que nunca, nunca voy a olvidar y que me da mucha pena porque Kaboi es un amigo, el mejor amigo que tengo y yo le creo todo lo que él dice y en una de esas nunca más lo vuelvo a ver. Tomando la madera me dijo: “No vamos a volver. Solo vine a despedirme. Tu mundo es muy feo. Aquí, todas las cosas se pudren como esta madera. El nuestro es mejor”. ■

ORLANDO VAN BREDAM

Nació en Villa San Marcial, Entre Ríos, en 1952 pero reside en la Provincia de Formosa. Es profesor en letras. Tiene a su cargo las cátedras de Teoría Literaria y Literatura Iberoamericana en la Universidad Nacional de Formosa. Ha abordado el cuento, la poesía, la novela breve, el ensayo y el teatro. Obras publicadas: *La estética de Armando Discépolo* (ensayo, 1974), *La hoguera Inefable* (poemario, 1981), *Los cielos diferentes* (poesía, Premio Fray Mocho 1982), *Asombros y condenas* (poesía, Premio Fernández de Peirotén 1986), *Fabulaciones* (cuentos, 1989), *Simulacros* (cuentos, 1991), *La vida te cambia los planes* (minificciones, 1994), *Las armas que carga el diablo* (minificciones, 1996, libro seleccionado para su publicación por Fundación Antorchas), *De mi legajo* (poesía, Primer premio nacional José Pedroni). Ganador del Premio EMECE por su novela *Teoría del Desamparo*, ha publicado en el género *Ricón Bomba* y *Colgado de los tobillos* (novela breve sobre el mito de Antonio Gil). Ha estrenado numerosas obras teatrales.

Abuelo

Hugo del Rosso

30
••

Abuelo, Abuelo, sin hacer ruido Abuelo. Levántese que terminé la pandorga, vamos a remontarla. Qué siesta ni qué calor. . . Abuelo, me extraña, si está nubladito y sopla un lindo viento del norte. Va a subir fenómeno el barrilete. Le puse una tira de bramadoras que van a meter cualquier ruido. ¿Andará con hilo dieciséis, Abuelo, o vamos a usar el ovillo de pio-lín? ¿El hilo dieciséis? Bueno, meta, si usted lo dice, el hilo dieciséis.

Mídale el barbijo Abuelo a ver si lo saqué parejo. Y la cola Abuelo, no será poca. Consiga más trapo si quiere Abuelo. ¿O le atamos una ramita? Y la sobrecola está bien. Bien. Todo al pelo entonces.

Al baldío Abuelo, a la canchita, sin hacer ruido que después se arma lío. Pero así en chancletas no va a poder, qué le cuesta calzarse las alpargatas.

Lindo el vientito, pero me parece un poco fuerte para el hilo dieciséis.

Guarda Abuelo, ande con cuidado, no ve que se enrieda el hilo en los yuyos, esa es la macana del hilo dieciséis, se enrieda de nada.

Bueno, yo lo sujeto y usted lo remonta. Lo llevo lejos así no necesita correr, no le vaya pasar como la vez pasada que se me fue de culo al suelo. Pero ya sabe Abuelo cómo es la cosa: aflojar lento y recoger rápido, hasta que agarra el viento de arriba y se va solo.

Listo... ¡Ya! ¡Recoja Abuelo! ¡Afloje Abuelo! Bien che, ahí va al pelo. Bien Abuelo, se pasó, cualquier cantidad. Qué calidad, eh Abuelo.

Me da que lo tenga un rato. Caracho digo, qué tirante. ¿Aguantará el hilo dieciséis, che?

Le metemos un "telegrama" Abuelo, listo, meta. Aaah, mire cómo sube Abuelo, qué kilo. A ver, para quién el telegrama.

Ya sé, para la Nona. Qué hay Abuelo, para la Nona le dije. A la pucha que se puso fuerte el viento, aflójele Abuelo. ¡Abuelo! no me oye ¡Aflójele! Qué le pasa Abuelo que no me escucha, en qué diablos está pensando. Afloje, afloje que se suelta... ¡La Gran pucha!, se soltó. Le dije que aflojara. Abuelo chambón, siempre me hace macanas,

No se vaya, espéreme aquí que yo lo corro. Qué viento del diablo, qué lejos lo lleva, y yo le dije al Abuelo para poner el piolín en vez del dieciséis. Pucha digo, se va derecho a los cables de la luz... Y se ensartó nomás. Chau pandorga que duró tan poco. Abuelo chambón, ya no sirve para nada,

Sabe qué, Abuelo. Mañana voy a hacer una de cinco varillas bien finitas y un poco más chica. Pero le vamos a meter el piolín, porque el hilo dieciséis no sirve, ya se ve. Y además usted me chamboneó Abuelo, le dije que le afloje y se quedó abriendo la boca. No es por la pandorga, total, qué le vamos a hacer. Pero justo cuando le pusimos el mensaje para la Nona. ¿Qué hay Abuelo?, se siente mal, pero qué dije de malo, no me haga caso. Macana que usted tuvo la culpa. Se cortó y se cortó, qué le vamos a hacer. Palabra Abuelo le digo, no me cree Abuelo. Le juro... por la Nona le juro Abuelo.

* * *

Ahí, ahí, meta cuchillo. Pucha que está lerdo Abuelo, otra lombriz que se nos va. Guarda con el tarro. Listo, vamos ¿Y su gorra Abuelo? No, usted está loco que se va ir así, con la pelada al aire en este sol rajante. No, está loco, espere que yo le traigo la gorra.

No encontré la gorra Abuelo, pero le traje este sombrero de paja que usaba antes, cuando trabajaba en la huerta. Uyyy qué risa, parece un "carrero caú". No, mentira Abuelo, te queda fenómeno, al pelete le queda.

Pucha Abuelo, revolvió toda la bolsa, mire cómo se enredaron las liñadas.

Ahiii pica. Plin, caja, otro al buche. Qué paliza Abuelo, yo tres bagres y usted ni medio.

Pero cómo a mí me pican a cada rato y a usted nada. A ver, recoja, vamos a revisar los anzuelos. No le dije, vacíos. Así cómo va a picar. Pero

usted se me duerme, así no vale. Usted no pesca, está bañando las lombrices, atienda más Abuelo. Deje, deme un rato, yo le voy a ensartar bien ensartadas las lombrices.

Yo cinco bagres y usted sapo. Cinco a cero, qué papelón Abuelo.

Eeeh, Abuelo dormido, que está picando, mire qué corrida, parece de patí. Espere, no te tire, déjelo llevar. Deje, deje... Ahora sí, se ensartó. Bien por el Abuelo, campeón de pesca. Tráigalo despacio, no, no se me apure. ¿Tira fuerte?, a ver.

Madona que tira lindo, un patí por lo menos como le dije. Guarda Abuelo, con cuidado que el patí es mañero y blando de boca. Así, así, tranquilo pibe. Ahí ya se le ve el lomo, ojo ahora, Cuidado que empieza a saltar, déjelo que lleve otra vez. Dejeló, dejeló que lleve, no lo tiree que se le va a romper la boca. Cuidado Abuelo. ¡No!, así a los saques, no. Pucha digo, se me abatató, a ver si lo ayudo. No, no tan rápido, cuidado ese tirón, cuidado, cuidado, nooooo.

Y no le dije, se le fue. Y era un patí así de grande por lo menos.

Abuelo chambón, ya no sirve para nada. Diga que no está la Nona, si no sabe cómo se iba a burlar. Se acuerda aquella vez que se desmoronó la barranquita en la boca del riacho y usted se fue de panza al agua. Cómo se rió la Nona, nadie se reía como ella, parecía una campanilla cuando se reía. Qué risa contagiosa que tenía, se acuerda Abuelo.

Qué le pasa Abuelo, no se vaya poner triste por un miserable patí que se le escapó, le pasa al mejor pescador. No me haga caso porque le dije Abuelo chambón, si sabe que no es cierto. Dé gracias sí que no estaba la Nona, Ella sí que lo iba a cargar, se iba a reír hasta reventar. Alégrese Abuelo, dé gracias que no está la Nona...

* * *

No haga ruido Abuelo, pise con cuidado. Guarda esa rama. Fíjese que allí hay barro. La pucha, y eso que le avisé, metió nomás la pata. Mire, sus alpargatas limpias quedaron a la miseria. Uyyy, qué regia torcaza allí en esa rama. Es mía pibe, enseguida te hago sonar mi alma. Quieto por favor Abuelo que yo me arrimo un poco más así la aseguro. No se mueva le digo, espere allí. La gran pucha, no tenía otro momento para toser, justo cuando la tenía a tiro me la vino a espantar.

A propósito Abuelo, hay un montón de bodoques rajados, son los que usted hizo. Sabe por qué le salieron rajados, porque mezcló lodo colorado con tierra negra. Sabe por qué. Porque usted siempre quiere saber mejor

las cosas. Y no solamente por eso se le rajaron. Los dejó olvidados como siempre y entonces les dio el sol. Si usted sabe bien que cuando se secan al sol se rajan. Pero usted es caprichoso Abuelo y siempre quiere tener razón, ya ni bodoques sabe hacer como la gente. Uyyyy, mire allí, otra torcaza. Esta no la podemos perder, así que por favor Abuelo no se me vaya a poner a toser sobre la hora.

Queee dice Abuelo, que le quiere tirar usted. No, está loco, usted se me piantó compañero. Se va a romper los dedos a bodocazos y la torcaza se va morir de risa.

Bueno está bien, dese el gusto, tome la honda. Y metalé con un bodoque de los buenos, no como esos rajados que usted hizo.

Bueno, yo me quedo quieto y usted arrímese sin hacer ruido. Pobre Abuelo, le va errar por una legua.

Ahí nomás Abuelo, bueno metalé ya, no se arrime tanto, total es lo mismo.

Bueno, Abuelo, ahora o nunca, metalé le digo. Capaz que en sus narices. Metalé Abuelo sacúdale de una vez que se vuela. ¡Listo! Nooo, no lo puedo creer, le dio. Bien por el Abuelo campeón. El Abuelo para todo el mundo, cagó fuego la paloma torcaza.

Abuelo... Se me engrupió ¿eh? Le chantó a la torcaza. No se me haga el interesante, en qué va pensando, deme bolilla Abuelo. Vamos, que no es para tanto, cualquiera va creer que nunca cazó una torcaza.

Dé gracias sí que no está la Nona. Se acuerda que la Nona no quería que les matara a las torcasas. Si estaba la Nona y se enteraba que mató una torcaza le iba a sacudir unos buenos alpargatazos, como me sacudió una vez a mí, bajándome los pantalones y bien en el culo.

Qué le pasa Abuelo. No, no tire la torcaza, demelá a mí que la llevo a casa. De qué vamos a tener miedo si la Nona ya no está.

* * *

Soñé con la Nona. Qué bien que la vi, como si estuviera viva. Soñé un montón de cosas. Cuando la Nona se iba al mercado con el bastón de tacuara y la bolsa de lona y peleaba hasta por los cinco centavos del perejil.

Soñé con la perra de la Nona, que la seguía a todas partes. Hasta a la iglesia. Me acuerdo una vez que el cura la pateó a la perra de la Nona y la Nona casi le pega un bastonazo al cura.

Soñé cuando la Nona me dio treinta guitas para comprar una pelota de goma. Pero cómo me hizo sufrir para dármelos. Me hizo rezar todo un rosario. Menos mal que eran los Misterios Gloriosas, mucho menos aburridos que los otros. Y además le metía trampa con los avemarías. Pero esta vez en el sueño era la Nona la que hacía trampa guiñándome un ojo.

Soñé con los caramelos de menta llenos de pelusa que la Nona me daba de tanto en tanto, y creo que les sentí hasta el gusto.

Soñé que la Nona no se había muerto, y cuando me desperté sobresaltado la vi cruzar por el patio, con su figura chiquita y encorvada, su pollera larga y negra, su bata blanca y su mantilla también negra. Me agarré flor de julepe y me tapé todo porque era de noche, estaba oscuro y no sabía si la Nona vivía o se había muerto, o si era un fantasma de la Nona.

Después me agarró unas ganas bárbaras de mear, pero no me animé a levantarme y me meé en la cama.

Le iba a contar al Abuelo que había soñado con la Nona, pero esa mañana amaneció enfermo y no me dejaron que lo molestara.

Después me mandaron de viaje.

Debe ser otoño. Es inútil, pero no puedo explicar cómo es el asunto. Sin embargo lo siento aquí, en la garganta. Por qué será que cuando uno es chico no tiene noción del tiempo, del que pasó, del que es, y del que falta para alguna cosa.

Menos mal que pronto llego y entonces de nuevo con el Abuelo la cosa va a ser distinta.

Cómo lo extraño al Abuelo. Pobre Abuelo, tanto que lo retaba, no era justo, nunca más lo voy a retar. Cuando íbamos a pescar, Abuelo chambón. Cuando remontábamos barriletes, Abuelo chambón. Cuando íbamos a cazar con la honda, Abuelo chambón. Y que no servís para nada Abuelo. Macana que no va a servir, yo decía nomás, pero no vale. Yo sin el Abuelo me muero.

Qué raro está el tiempo, no me gusta, me asusta un poco. Esas nubes alargadas parecen la ropa de una bruja.

No me gusta el sol anaranjado. Desde cuando el sol es anaranjado, nunca lo había visto así.

Qué extraños están los árboles, todos sin hojas, parecen esqueletos. Será porque es otoño. ¿No? Es invierno entonces. ¡Qué se yo!

Qué distinto sopla el viento, desde la ventanilla del tren lo noto. Levanta remolinos chiquitos de tierra y hojas secas. Parecen enanos los remolinos, pero enanos malditos que se ríen de mí. Por qué se ríen de mí los enanos, por qué se burlan, enanos del diablo.

Suerte que llegamos. Después de la curva, ya está la estación. Qué alivio ver de nuevo el paisaje familiar y querido. Eeeh, Abuelo, dónde va para el lado contrario, no ve que yo estoy llegando.

Abueloooo, por lo menos espere que pare el tren y lo alcanzo.

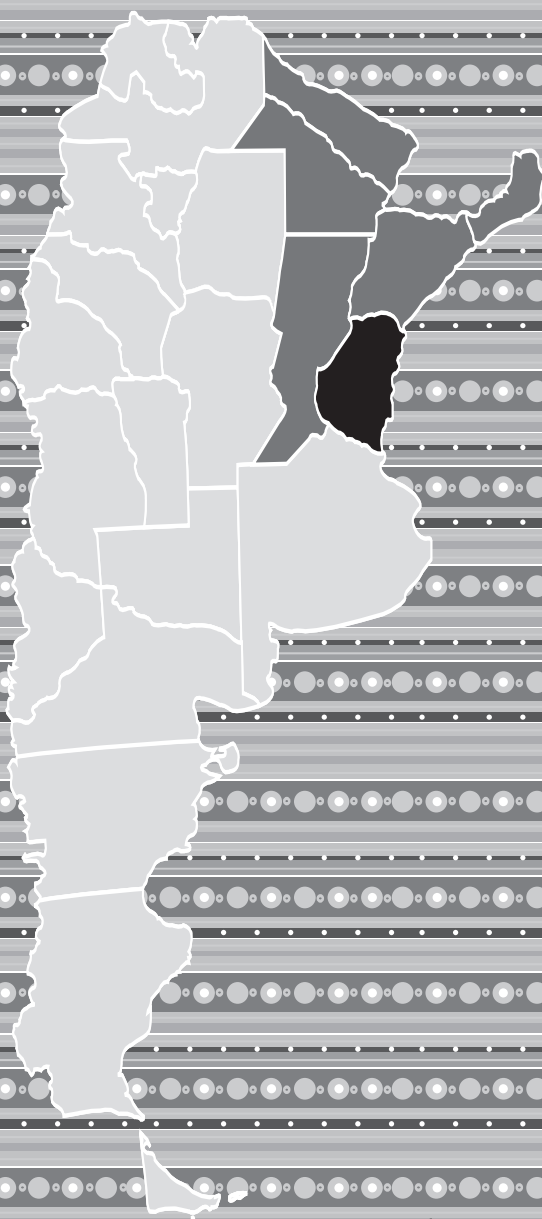
Por qué corre para el otro lado el Abuelo, por qué se escapa con el sombrero de paja, la pandorga, la liñada y la honda. No se vaya solo Abuelo, espéreme. Juntos como siempre. No me haga caso cuando lo reto si es en broma, si usted me falta yo me muero Abuelo... Se me pierde, por favor, atájenlo al Abuelo.

No, no puede ser. ¿Y el Abuelo? ¿Se fue? Y se fue nomás.

Abuelo falluto, Abuelo chambón. Dé gracias que no está la Nona. ■

HUGO DEL ROSSO

Nació en Formosa en 1926, hijo de inmigrantes italianos. Profesor de Educación Física, entrenador de básquetbol, piloto de avión y escritor, llegó a ser considerado el más importante escritor de su provincia. Autor de *Páginas de amor, de angustia y soledad*; *Cuentos cortos para el niño triste*. "Abuelo" fue tomado de *Sol a pique* (Edición de autor, Resistencia, 1979). Falleció en Formosa en 2002.



ENTRE RÍOS

Aarón y la cabra

Perla Suez

A Isaac Bashevis Singer

El invierno había sido bondadoso ese año con los aldeanos, menos con el peletero.

El peletero miraba como interrogando al cielo, como esperando que la nieve viniera de una vez. Pero no se divisaban nubes y la nieve no llegó. Después de mucho dudar, el peletero decidió vender la cabra que estaba vieja y daba poca leche.

Encomendó a su hijo Aarón que llevara la cabra al villorrio vecino a casa del carnicero, quien pagaría buen precio por ella.

— La entregarás al carnicero. Dormirás en su casa esa noche y al día siguiente regresarás con el dinero.

Con el dinero que pagara el carnicero por la cabra, podrían comprar aceite y papas, y algunos regalos para los chicos ya que se aproximaba la fiesta de *janucá*.

Para Aarón, entregar la cabra era algo tan doloroso como inexplicable pero él tenía que obedecer a su padre. La madre y las hermanas lloraron en la despedida. La cabra las miraba confiada y se mostró tranquila cuando vio a Aarón ponerse el abrigo y un gorro. Recién cuando el chico ató un cordel a su pescuezo, y la llevó hasta el camino, ella lo miró sorprendida.

El día era luminoso. Aarón sostenía en una mano un bastón y en la otra el cordel de la cabra.

Pasaron campos y chozas y también un arroyo. De repente una gran nube azul cubrió el cielo. Aarón siguió el sendero que iba al villorrio esperanzado en ganarle a la tormenta que se avecinaba. Pero un viento helado comenzó a soplar y, en segundos, espesos copos de nieve lo cubrieron todo. Aarón ya no podía saber dónde quedaba el villorrio al que pensaba llegar antes que la nieve.

Confiaba todavía en que algún carro los recogería. Pero no pasó nadie. La cabra no parecía preocupada. Conocía el frío y había vivido ya doce años como para temer al viento que aullaba. La nieve caía espesa sobre ellos y ya no podían andar. De su barba blanca colgaban carámbanos de hielo. Sus cuernos parecían gruesas agujas de cristal. Aarón supo enseguida que iban a morir congelados. Intentó avanzar pero no pudo. La nieve le llegaba a las rodillas y ya no movía los dedos de los pies. La cabra baló en medio de la tormenta.

De repente Aarón descubrió la forma de una colina no muy lejos. Arrastró a la cabra con esfuerzo y al acercarse vio que era un pajar que la nieve había recubierto. Enseguida cavó un camino hasta llegar a la paja y allí se metieron. Adentro el frío no se sentía. La cabra olió la paja. El frío le había dado hambre. Comió hasta sentirse plena.

La nieve seguía cayendo afuera. Aarón observó que las ubres de la cabra estaban llenas. Se acostó a su lado de tal forma que podía ordeñarla asegurándose de que la leche llegaría a su boca. Dentro del pajar se estaba calentito y aunque afuera arreciaba la tempestad él no estaba solo. Se acurrucó al lado de la cabra.

Ella alimentó a Aarón con su leche y lo ayudó a mantenerse caliente. Aarón endulzaba la vida de la cabra contándole:

Un día llegaron a la aldea cosacos; venían a buscar chicos para el ejército. El servicio militar para los judíos es por muchos, muchísimos años, ¿lo sabías, verdad...?

La cabra movía las orejas y le lamía las manos y la cara mientras Aarón le narraba.

Cuando los cosacos llegaron a la aldea todos los chicos que tenían edad para ir al ejército escaparon. El viejo Fridl, el muy tonto, se escapó con ellos: "Abuelo, ¿qué hace?, ¿por qué huye?", le preguntaron los chicos. "¿Cómo por qué huyo? ¿Creen que no necesitan generales?"

Aarón rió abrazado a la cabra y junto a ella quedó dormido. También ella se durmió.

Cuando Aarón volvió a abrir los ojos la nieve había tapado la ventana. Con el bastón limpió la entrada de aire y allí permanecieron durante tres días y tres noches hasta que finalmente el viento helado se

aquietó. Cuando el sol volvió a brillar Aarón hizo una seña a la cabra para que lo siguiera, y la condujo no hacia el villorrio donde vivía el carnicero, sino de vuelta a la aldea.

Los padres, las hermanas y los vecinos habían buscado al chico y a la cabra pero no habían encontrado ni rastros y ya habían perdido la esperanza de encontrarlos vivos.

Alguien llegó corriendo a la casa del peletero con la noticia de que Aarón y la cabra venían por el camino.

Hubo gran alegría en la familia y los vecinos. Aarón contó con lujo de detalles cómo la cabra le había dado calor y alimentado con su leche. Las hermanas, el padre y la madre besaron a la cabra y le dieron una ración especial de zanahorias cortadas.

El peletero no pensó más en venderla y ahora que los aldeanos necesitaban de nuevo sus servicios, la madre de Aarón podría hacer tortillas todas las noches.

La cabra golpeaba la puerta de la cocina con sus cuernos y siempre había una porción reservada para ella.

De vez en cuando Aarón la miraba a los ojos y le preguntaba: "¿Te acordás de los días que pasamos en el pajar?".

Y la cabra se rascaba las pulgas y sacudía su barba blanca. ■

1. Janucá significa "inauguración". La Biblia cuenta que cuando el pueblo de Israel recuperó el templo de Jerusalem, que había estado en poder de los griegos, y entraron para limpiarlo de ídolos, encontraron una pequeña jarra de aceite que no alcanzaba más que para encender la menorá (candelabro) durante un solo día. Fue un milagro porque el aceite alcanzó para ocho días, que fueron consagrados como fiesta.

PERLA SUEZ

Nació en Córdoba en 1947 pero transcurrió toda su infancia en Entre Ríos. Es Profesora y Licenciada en Letras Modernas. Fue becaria del gobierno francés entre 1977 y 1978. Durante ese período, el profesor Marc Soriano guió su investigación de Literatura en la Universidad de París VII (Jussieu). En 1998 fue becada por el gobierno de Canadá. Entre sus libros pueden nombrarse: *Dimitri en la tormenta* (novela para niños) y *El árbol de los flecos* (1995) de donde fue tomado este cuento que recibió además, el Segundo Premio en el Certamen Literario de "Cuentos para Niños" convocado por CAMI (Consejo Argentino de Mujeres Israelitas de la Argentina), en 1993.

El tren gaucho

FRAGMENTO

Juan José Manauta

Camilo, que es muy leído, les explicó que aquello era el “Primer Entrerriano”, o sea el ferrocarril que en otros tiempos iba de Gualedguay a Puerto Ruiz, y la gente del palco lo aplaudió. De cualquier manera, todos empezaron a cantar: “¡Viva Perón! ¡Qué grande sos!”. A la noche siguiente salimos igual, pero Camilo le colgó a la locomotora un cartel que decía: “Primer Entrerriano”, y debajo: “Tren Gaucho”. Entonces nos aplaudieron en serio los del palco, y Camilo, que no es sonso, le ofreció un mate de los míos al presidente. El otro aceptó y todo. El otro tampoco era sonso y sabía lo que hacía, porque la gente empezó a aplaudirlo a él. Los chicos, detrás, cantaban y bailaban, tocaban un bombo, golpeaban unos tarros y gritaban “¡Perón, Perón!”. Entre los gritos, los cantos, los aplausos, el ruido del bombo y el de los tarros, aquello era un verdadero escándalo. Para la tercera noche, Mariana me pintó la cara, y todo parecía mejor. Camilo acomodó los adornos de la carretilla y Mariana cambió algunos de los papeles plateados de mi vestido, que se me habían roto en el tumulto. El presidente del curso (o lo que fuera) volvió a aceptar el mate que le ofrecía Camilo y el viejo Cayayán nos sacó una foto. Para el sábado y domingo, pegamos el retrato al frente de la carretilla, y todo mejoró. En la última noche, los del palco nos dieron un premio. Cuando Camilo fue a ofrecerle un mate, el presidente sacó un sobre y se lo dio. Camilo me miró y cerró un ojo. Eran cincuenta mil pesos. Veinte mil me dio a mí, diez mil les dio a los chiquilines de la comparsa y él se quedó con veinte mil,

menos lo que le tuvo que dar al viejo asqueroso de Ortega por el alquiler de la carretilla. Estoy segura de que para estos carnavales que vienen, a Camilo se le ocurrirá alguna cosa para disfrazarnos y para que nos den otro premio en el corso. ■

JUAN JOSÉ MANAUTA

Nació en 1919 en Gualeguay, Provincia de Entre Ríos. Narrador y poeta, es uno de los grandes escritores del realismo social del Río de la Plata. Maestro egresado de la Escuela Normal de Gualeguay en 1937, y Profesor en Letras recibido en la Universidad Nacional de La Plata en 1942, es autor de una novela fundamental: *Las tierras blancas* (1956), que fue luego llevada al cine con guión del mismo Manauta. Dirigió la revista *Hoy en la Cultura* y recibió muchos y muy importantes premios. Algunos de sus libros son *La mujer en silencio*, *Papá José*, *Cuentos para la Dueña Dolorida*, *Los degolladores*. Este fragmento fue tomado de 100. Antologías de antología. Compilador: Mario José Grabivker (Ediciones Desde la gente, IMFC, Buenos Aires, 2000).

El service

María Inés Krimer

—¿Q

ué hora es? —pregunta Dora.

—Las siete —dice la recepcionista.

Dora barre los pelos hacia el fondo del salón. Bosteza. Ya tendrían que cerrar, piensa. No dejar entrar a nadie.

Las extensiones de Susi le han terminado por arruinar la tarde. La peluquería tiene las paredes forradas con espejos, luces blancas, brillantes, un televisor en el techo. Atrás está el gabinete de belleza y el reservado donde se guardan las batas y las toallas. Cuando termina de barrer, Dora se sienta en una butaca. Abre la billetera. Sonríe. Mira las fotos de sus hijos: un nene parado en la puerta de la escuela y una chica uniformada.

Afuera está el mar. El golpeteo de ventanas por el viento. El cartel de Coca Cola recién se está encendiendo. Dora piensa que nunca se acostumbró a vivir en Mar del Plata. Los que llegan a esa ciudad vienen huyendo. Busca *La Capital*. El índice de criminalidad aumenta. Sabe que chorros de bancos y piratas del asfalto arreglan con la policía. Sabe cómo se distribuye la protección a cabarets, confiterías y kioscos: sesenta por ciento al comisario y cuarenta entre los integrantes del servicio. Dora cierra el diario. Va hacia el fondo del salón. Susi está mirando un video de Madonna mientras espera que pasen los minutos del color. Sobre la mesada, ordenadas como en un quirófano, están las extensiones.

—¿Te gusta Madonna, Susi? —pregunta Dora.

La mujer baja la cabeza.

–Está impecable –dice.

Dora dobla una bata.

–No parece de cincuenta –sigue Susi.

–Se separó.

–¿Sí?

–Dicen que el marido no funciona.

Susi se toca las raíces con el dedo. Se limpia con la bata.

–¿Y esa cara? –pregunta.

–Es tarde –dice Dora–. Tengo que buscar al nene.

–Necesito el service –Susi guiña un ojo–. Conocí a alguien.

–¿Sí?

–Lo estoy esperando.

Dora mira el reloj.

–Haceme la gauchada –insiste Susi.

Los ojos de Dora se detienen en las extensiones alineadas sobre la mesada. Al crecer el pelo necesitan un service para volver a pegarlas. Dora abre las manos. Las cierra. Mira hacia arriba. Ahora Ricky Martín está en la pantalla. Dora sube el volumen. Camina hacia la mesa de entradas. La recepcionista está comiendo un sándwich. Le hace un gesto con el mentón.

–¿Pasa algo? –pregunta Dora.

–Afuera hay una chica que quiere verte.

–¿Dijo quién era?

–Decile de parte de Nati, dijo –la recepcionista junta las migas–. Querrá un turno.

Dora se acerca a la puerta. Sale a la calle. El viento helado le sacude la cara. Pese a que todavía hace frío, los días empiezan a alargarse. Se detiene. Mira hacia la peluquería. La recepcionista es nueva y no sabe nada del trabajo de su hija. Dora siempre evita hablar de Nati. Coca, dice el letrero, plata sobre rojo. Cola, dice el letrero, plata sobre rojo. La pupila crece, círculo rojo tras círculo rojo. El tráfico de Colón casi ni se escucha. En la esquina hay un Monza estacionado. Tiene las luces bajas y sólo cuando está a su lado escucha el ronroneo del motor.

Una chica alta con cola de caballo sale del auto. Camina hacia ella cerrando la campera para ocultar la culata de la pistola.

Se paran una frente a la otra.

–Qué hacés, ma.

–Cómo estás, Nati –dice Dora.

–Te cortaste el pelo.

La chica hace un ademán como para retirar la mano de la culata, se detiene y la vuelve a colocar en el mismo lugar.

–Un poco.

–Te queda bien.

Por un momento están calladas.

–¿Cómo va el trabajo? –dice la chica.

–La gente recién está llegando.

Nati se inclina para acomodarse el cierre de la bota.

–Escuchame –dice–. Estamos esperando a un buche que se quedó con un vuelto. Se tira hacia atrás la cola de caballo–. La mujer que está ahí adentro –Nati señala la vidriera de la peluquería–. Va a venir a buscarla. ¿Entendés? Se puede poner feo.

Dora mira hacia la avenida. Frunce el ceño. Desde el año pasado, cuando ascendió a suboficial, Nati es la amante del comisario Gallina, de Narcotráficos. Esa relación había disparado una pelea tras otra durante las cenas familiares. Al mes, su hija ya no vivía en la casa. Un taxista pasa despacio y arroja un cigarrillo encendido que describe una curva hasta caer sobre el cordón. Dora lo mira chispear sobre el pavimento. Oye el ruido de una frenada.

–Entiendo.

–Hacela salir –Nati enfila hacia el Monza. Se para–. ¿Cómo está el papi?

–Bien.

–¿Y el Cesarito?

–En la clase de karate.

–Dales un beso de mi parte.

Nati sube al Monza. El auto gira en U. El plástico de las luces de posición está quemado. Dora vuelve a la peluquería. Adentro, no hay nadie. Acomoda la hilera de extensiones, la más larga al centro, las más cortas en los bordes. Levanta la cabeza y se queda mirando la pantalla. Va hasta el reservado y pregunta por Susi.

–Se está depilando –dice la recepcionista.

Dora golpea la puerta del gabinete.

–Ocupado.

Bordea las piletas y destapa un envase de crema de enjuague. Lo acerca a la nariz y lo huele. Hace girar el envase entre los dedos y lo vuelve a tapar. Se pregunta si Susi sabe lo que está pasando ahí afuera. Si está en complicidad con la patota. Escucha un ay. La recepcionista aparece envuelta en un vaho de perfume. Dora la agarra del brazo y la acorrala en un rincón.

–¿Por qué le diste turno?

La chica mete la mano en el bolsillo y saca un billete de cinco pesos.

–Necesitaba el service –dice.

Dora afloja la presión.

No se mueve hasta que la chica entra al reservado. Después camina hasta la mesa de entradas, se para frente al mostrador mirando el fichero, la pantalla de la computadora. La figura del hombre se recorta bajo la luz roja. Abre y cierra la puerta. El hombre es alto, de pelo negro, cara blanca y angulosa. La mandíbula se contrae y relaja como si estuviera masticando chicle, cuando en realidad no está masticando nada. A través de los párpados surcados con venas azules Dora ve cómo las pupilas se mueven y dilatan.

–Estamos cerrando –dice Dora.

El hombre camina con una electricidad contenida. Se sienta en una butaca. Mira la punta del índice, la demarca con la uña del pulgar y la alza. A través del saco entreabierto, Dora ve la sobaquera con el arma. El hombre se estira hacia atrás en la butaca. Después se inclina hacia adelante, con las manos en las rodillas.

–Necesito un corte –dice.

Las palabras no suenan como palabras. El silencio se desploma en la peluquería. El hombre se endereza. Dora acomoda las tijeras y los peines al lado de las extensiones. Se para detrás de él, le extiende una bata sobre los hombros y le ajusta las tiras detrás del cuello. Le hace girar la cabeza en dirección a la puerta justo en el momento que los faros del Monza barrenan la calle. Siente el voltaje de la espalda del hombre, la rigidez del cuello.

–¿Hay otra salida? –pregunta el hombre.

Dora señala el fondo del salón.

El hombre arroja la bata sobre las extensiones. La alfombra de goma ahoga el ruido de los pasos. Cruza las piletas y desaparece por la puerta de atrás. Dora entra en el gabinete de belleza. Susi está acostada en la camilla, con una tanga de leopardo. Al lado, sobre una mesita auxiliar hay un hervidor con cera fundida.

—¿Llegó? —pregunta Susi.

Dora niega con la cabeza. Sale. No sabe si el hombre ha escapado, el reflejo plateado lo busca, la pupila. Respira hondo. La peluquería huele a colonia, a crema de enjuague, a amoníaco. Se sienta en la butaca tibia que dejó el hombre. Presta atención. No al sonido del televisor sino a cosas lejanas, gaseosas. El silbido de un tren. Un grito ahogado. El ruido de una moto.

—Mi nenita —dice.

Se para y cruza el salón. No puede quedarse quieta, va de un lado a otro. Acomoda un calendario con fotos de unas modelos. Se estira para enderezar los diplomas colgados en lo alto de la pared. Vuelve a la mesa de entradas y durante unos segundos se queda con los brazos cruzados sobre el mostrador, escuchando la sirena de una ambulancia. La recepcionista se ha dormido. Dora no parpadea, como si estuviera hipoquizada.

Suena el teléfono. La recepcionista cabecea mientras estira la mano. Escucha. Le alcanza el tubo a Dora.

—Para vos —dice.

La voz tiene un timbre metálico.

—¿Dora? ¿Dora Maure?

—Sí.

Dora hace un gesto con la mano a la recepcionista.

La chica sonríe y se para.

—Sí —repite Dora.

—Tuvimos un problemita. Agarramos al buche cuando se las tomaba. Nati tuvo un presentimiento y lo esperamos del otro lado. Se puso como loco.

—¿Qué pasó?

—Nati me pidió que le dijera...

Dora se apoya sobre el mostrador.

—¿Entiende? —la voz titubea un momento—. Son muchos sueldos y un ascenso post mortem.

Dora aprieta el tubo.

—A sus órdenes.

El click suena como una piedra.

Dora cuelga el tubo. Se enjuga la frente con una toalla. La recepcionista vuelve a la mesa de entradas.

—¿Vos tenés franco el lunes?

Dora asiente con la cabeza. Dobla la toalla y palmea la superficie esponjosa. Da media vuelta y camina hacia el centro del salón. Se deja caer en la butaca. Acomoda la hilera de extensiones, la más larga al centro, las cortas en los bordes. ■

MARÍA INÉS KRIMER

Nació en Paraná, Entre Ríos, en 1951. Ganó el Premio Emecé de Novela en 2009. Entre sus novelas figuran: *Lo que nosotras sabíamos*, *La hija de Singer*, *El cuerpo de las chicas*, *Veterana* (cuentos).



SANTA FE

El Gato

Patricia Suárez

No fue suficiente interrumpirle una película con el actor mexicano, ni que ella se levantara y oprimiera el interruptor de la tele, con un clic que sonó casi como un gemido. No fue suficiente tampoco, mirarla con absoluto desdén, culpándola de todas sus tribulaciones, haciéndole sentir que eso que a ella le parecía tan hermoso del contacto de sus cuerpos, eso que ella llamaba "el trueno y el relámpago", para él no significaba nada, nada excepto la hilacha de cursilería de Matilde. Ni fue suficiente que ella trocara su expresión, paulatinamente, de profundo desgano hasta la expectativa angustiosa, alarmada de que a él le hubiese ocurrido algo, algo grave que aún no se leía en las marcas de su piel, pero sí en el gesto: un dolor que él ya no soportaba. Ella alzó su voz, que no era un hilo y atravesaba la densidad de casa objeto del living y vibraba en el actor mexicano ahora invisible en la pantalla. "Bueno, ¿qué pasa?", preguntó. Y él la miró asustado, tal cual ella fuera el hombre de la bolsa y amenazara con meterlo en la áspera arpillera y tirarlo al abismo rocoso de alguna cumbre que ninguno de los dos conocía. "El gato no está", respondió él. La cara de ella se llenó de ira, y no era necesario contenerla porque se evaporaba sola, sin palabras ante la terrible angustia que parecía oprimirlo. Matilde pensó: "¿Y qué? ¿Y qué con que haya desaparecido el gato? Era un gato roñoso: sólo servía para juntar pulgas"; pero únicamente pronunció: "Estará por ahí. Ya va a volver". Mas él no se tranquilizó. Se quedó como una estaca en el medio del living, con la vista clavada en los cacharritos que trajeron

de Bolivia, hasta un punto en que Matilde creyó que los iba a volar por el aire, en pedazos, con el solo poder de mirada. "No. No va a volver. Y vos debés saber dónde está", entonces Matilde se quedó petrificada. Amagó defenderse: "¡Yo! ¿Yo?", y como él no se molestó en acusarla ni en ofrecerle explicaciones, ella se quedó callada, definitivamente, bajo la mirada severa de él, y el funesto augurio de que se le volarían entonces los sesos por todo ese odio que él tenía en los ojos. Entonces se le ocurrió precipitarse sobre él y gritarle la verdad: "¿El gato? Claro que sé dónde está. ¡Se fue y no va a volver! No. Porque te tenía un miedo espantoso. Por eso se fue", sin embargo, desistió; nunca le dio resultado gritarle la verdad, porque él no la oía y rompía lo que tenía en la mira –en este caso la cabeza de ella– y después no le dirigía la palabra, y no valía la pena pelear por cuestiones tan nimias, como el gato. Así que se decidió y con un poco de buena voluntad, fue a la pieza y revolvió los cortinados –porque a veces el gato de metía ahí–, debajo de la cama, detrás de la puerta, siempre con él sobre sus pasos, desconfiando, como si ella hubiera escondido al gato en algún lugar de la casa y ahora estuviera disimulando. Porque no fue suficiente que ella sintiera "eso" como el caño de una pistola helada apuntándole los riñones, aunque no había pistola alguna, tan solo el odio que le ceñía la cintura y la penetraba como un filo. Matilde probó en la cocina: las alacenas, bajo la heladera; en un mal movimiento se cayó la frutera azul, el vidrio cortó los duraznos priscos y se hizo una pulpa sanguinolenta que la dejó pensando. Él miraba y dudaba, y esto no le era suficiente, deseaba castigarla; el año pasado ella arruinó la radio nueva por olvidarla en el patio un día de lluvia, y otra vez volcó el café con leche sobre su único pantalón de pana –cuando lo vio el tintorero desesperó por llevarlo a su color original con todas las artimañas de sus anilinas y extractos naturales; desesperó el tintorero, desesperó él, pero Matilde permaneció serena, con un "gran peso en el corazón", aunque, ¿quién conocía su corazón? ¿quién podía asegurar que allí se estacionaba el gran peso de la amargura por el pantalón de pana manchado?– Él le iba indicando "ahí, ahí", y ella se dirigía a ese lugar como una flecha, torciéndose y cimbreadose ante las directivas de él igual que un junco, de esos que había en los márgenes del Nilo, en la época de Moisés. Al fin, ella, con la infinita paciencia de su amor, sugirió: "En el tejado a lo mejor lo vemos" y él asintió. Ella trepó por la escalera, y era extraño comprobar que esas manos acostumbradas a pelar papas, rallar zanahorias, pelar zapallitos y machacar carne, podían asirse con tanta fuerza al alero, a las tejas, a la antena de televisión. Ella se puso una mano a modo de visera y trató de espiar los techos vecinos. En las otras terrazas flameaba la ropa recién tendida: eso él lo podía observar. El pelo de ella –con su tinta "solferino"– recogido en la nuca, le daba apariencia de nido acogedor, de esos nidos de los dibujos de Walt Disney. "El gato no se ve", dijo Matilde.

"Andá más para la cornisa, mamá", ordenó él.

Y Matilde pensó: "¿Por qué? ¿Por qué no vas vos? ¿Qué me importa a mí del gato y de tu tristeza por ese gato mugroso?", no obstante se acercó más a la cornisa, el sacrificio de su amor estaba consumado— y ese gato horrible que no aparecía— pero tampoco fue suficiente. Sobre el borde del tejado Matilde era una veleta, más que una veleta, un pájaro, con su cabello ahora desanudado y su ropa al viento, más ligera que cualquier prenda que uno viera flamear en las sogas del vecindario.

Él estuvo por decir —tal vez lo pronunció en voz baja— "Bajate, mamá", pero ella únicamente oyó, "El gato está muerto". Matilde se volvió, tratabilló, se aferró a una teja —la única que el albañil colocó como es debido— y empezó a reincorporarse, esta vez segura, segurísima de que él lo había matado, de que su hijo había matado al gato, porque para él, nada era suficiente. ■

PATRICIA SUÁREZ

Nació en Rosario en 1969. Es dramaturga y narradora. Publicó las novelas *Lucy* (2010), *Causa y Efecto* (2008), *Album de polaroids* (2008), *Perdida en el momento* (2004) y *Un fragmento de la vida de Irene S.* (2004); y los libros de cuentos *Rata Paseandera* (1998) y *Esta no es mi noche* (2005). Próximamente saldrá *La vieja de la calle 24*. Actualmente vive en el barrio de San Telmo, Buenos Aires.

Piedras como estrellas

Angélica Gorodischer

Que no existían las paredes, que el techo no tenía sentido, eso descubrió siendo muy pero muy chica.

—¿Qué le pasa a esta nena?

—Nada, ¿no ves que nada? Los bebés suelen hacer así.

—¿Así cómo?

—Así, poner esas caras.

No supo. Ella no supo de qué se trataba, pero lo sentía, y usted estará de acuerdo conmigo en que sentir y saber son dos cosas muy distintas.

Creció con eso, eso que fue pronto un deleite. Podía hacerlo y a veces bastaba con saber que podía. Otras veces había que salir de ahí cuanto antes y meterse, ir, partir, huir, zarpar, no sabía verbos, no sabía cuál usar, no los conocía, sólo hacía lo que había aprendido y a la par aprendía otras cosas. Salía, simplemente salía cuando se le daba la gana.

Es preocupante eso de crecer y ella lo hizo a los tirones pero nadie se dio cuenta de nada porque todas crecemos a los tirones. Un día supo leer y escribir y chau, con eso había completado su aprendizaje. Las letras, ya se sabe, tienen sus secretos pero en cuanto una puede decir quiero salir de este lugar, hay literalmente años luz recorridos desde el bebé hasta ese instante: quiero salir de este lugar, y ya no hay secretos. Sólo que, ah, sí, sólo que las cosas no deben dejarse a medio hacer (acá entre nosotras le aclaro que madres y tías solían

repetir eso con este dedito en alto y caras de serás como nosotras un día, y cruz diablo pensaba ella). Hay gente rara. Digo, entre toda la población del mundo hay una buena dosis de gente rara. Ella era no precisamente rara: no sabemos cuántas, e incluso cuántos hay que están capacitados quizá no para dirigir una empresa o para vender paco o para presentar escritos ante el juez o para curar la tuberculosis, pero sí para salir de ese lugar y que nadie nunca sepa nada. Ella era distinta; eso, distinta.

Cuando lo puso en palabras no supo si alegrarse o llorar. Puedo era para alegrarse pero soy única era para llorar o por lo menos retorcerse por acá adentro como si una cuchara le cambiara de lugar las tripas, el corazón y los epiplones. Bueno, que se acostumbró y empezó a gustarle.

Podía volar, vamos, digámoslo de una vez. Pero cuidado, digámoslo tal como era, tal como ella lo sentía, cuchara o no, llanto o tal vez sí. Podía flotar en el espacio negro, podía salir al vacío silencioso del universo y recorrer piedras como estrellas y estrellas como lagos y ver las naves de arena y oír el graznido de los pájaros siderales. Podía ir y volver y nadie se daba cuenta de modo que eso, además del placer y la extrañeza, eso le enseñó algo sobre el tiempo: que el tiempo es un invento maravilloso. Que en realidad no existe pero que quien lo inventó era probablemente como ella aunque también probablemente tenía más pelo y se acostaba sobre el páramo a mirar hacia arriba y pensaba si es que eso se podía, ya, llamar pensar, que algo faltaba a su alrededor, algo que tenía que horadar el espesor de lo que iba desde su barriga hasta el helecho gigante más allá del agua, algo faltaba. Y así, presumiblemente pero casi seguro, así se inventó el tiempo. Ella, entonces, lo aprovechaba. Se iba, que no existían las paredes, que los techos no tenían sentido; se iba y al volver volvía en el mismo instante pero en ese mismo instante pasaban varias vidas bajo las palmas de sus manos.

—¿Qué le pasa a esta chica?

—Nada, está distraída, plena edad del pavo, qué querés.

Supo, más tarde, que flotar en el espacio negro del universo tampoco tenía sentido, que no servía para nada y en eso era parecido a la orografía y la hidrografía de Europa que les hacía estudiar la vieja de geografía, pero que al mismo tiempo le enseñaba cosas que tampoco tenían sentido y que eran como alhajas en una vidriera a la que nunca iba a llegar. Es que era precisamente eso: nunca llegaría. Y al año siguiente (física, química y literatura española) se dijo: Y qué.

No se trataba de llegar, óigame bien lo que le digo: no se trataba de llegar. Tampoco de esa cosa angustiosa de buscar a alguien que sea como yo, ay, no quiero ser única. No. Se trataba de hacer lo que sabía, de irse, de moverse en el mar seco que era el aire; no, ni siquiera el

aire. La nada. Tampoco, caramba, qué difícil se le hacía encontrar los nombres de las cosas. Tal vez no hubiera nombres. Tal vez Adán, pobre tipo, dijo cosas alegremente vacías y alguien se las creyó y, dicen, propuso construir la torre de Babel. Bien hecho. Para qué nombres. Salía, sabía. Y por lo tanto las civilizaciones precolombinas importaban muy poco, casi nada.

De pronto, porque fue así, de pronto, de pronto fue feliz. Dejó de importarle la sangre que se le escapaba cada veintiocho días; dejaron de importarle las prohibiciones, los libros, las medias de seda, las amonestaciones y el futuro. Se dio cuenta de algo maravilloso: puedo hacer lo que otros no hacen y no necesito palabras para eso.

Sigamos diciéndolo lo más claramente posible: sólo con desearlo podía salir al vasto universo y moverse entre la música de los cometas, el grito de las supernovas, el murmullo de los anillos y los satélites, el silencio de los nacimientos de mundos, el rugido de las tormentas de polvo, el abismo como un vientre, los pulmones ahitos de espacio, los colores de lo negro, las sinfonías de lo que aún no ha nacido.

Ah, sí, porque no hay silencio allá en lo que nos rodea y nos solicita. Todo es voz y estruendo; todo es alegre vivace y rock; todo es himno y nana; todo es trueno y roce; todo es silbido y hervor; todo es bullicio y zarabanda; todo es estrépito y maremoto. Todo habla.

De día, de noche, cuando fuera, le era igual. Y no es que el turbulento espacio del universo sea siempre igual. Al contrario. Tal vez usted no me crea pero cambia segundo a segundo, segmento de microsegundo a segmento de microsegundo y ella se hamacaba en eso, quedaba encerrada en una burbuja de medio minuto de duración en la que respiraba colores y hablaba con el fragor de los anillos de gas que rodean a los reyes del espacio, y salía sólo con un movimiento, apenas, de los talones, para zambullirse en el algo innombrable que iba a llegar a las lentes gigantescas algún día o al menos a eso que acá se llama día, otra burbuja aunque más sólida y extranjera.

Y así vivió y yo le digo a usted que vivir se dice de muchas maneras y que ella probó no todas y que algunas le interesaron y la mayoría no. Se enamoró y dejó de pensar en el espacio negro de allá afuera. Pero un momento: cuando tuvo que decidir qué hacer con ese hombre, ese hombre tan bello y tan dulce, se fue se fue se fue y estuvo girando entre luces y rocosos alaridos de lunas vertiginosas hasta que se dijo, esta vez con seguridad y cierto orgullo, que sería a sus ojos, a los de él, mucho más deseable cuando se enterara de qué era capaz. ¿Y si lo llevara conmigo?, pensó.

De modo que se lo dijo y él se rió muchísimo. Le encantaban, dijo, los sueños locos que ella tenía. Dame la mano dijo ella y se lo llevó

con ella no puedo ni siquiera tratar de decirle hasta dónde; hasta donde usted ni se imagina.

Al segundo siguiente, acá en este mundo, él le preguntó:

–Maravilloso. ¿Cómo lo hacés? Ya sé: me hipnotizaste.

Después de un segundo más ella supo que sabía, otra vez; que había aprendido, otra vez; que a los tirones, otra vez, había subido un escalón y había mirado de veras a ese hombre tan bello, ese hombre tan dulce. De modo que a pesar de la desilusión de las tías, no se casó con él.

Hizo las paces con el espacio, con las piedras como estrellas, con los techos sin sentido, con el ulular del viento del sidéreo y vivió atenta y casi plácidamente, los cinco sentidos puestos en donde muchos no podrían siquiera empezar a comprender un color, una voz, una luz.

Se casó con un abogado, encantador, sensato y próspero con el que las tías estaban casi casi en un todo de acuerdo, y tuvieron cuatro hijos. Al primero lo llevó al espacio a los pocos días de nacido. Estás haciendo lo que nadie, sapito, le dijo casi como si le cantara, estás tomándote la leche de las estrellas. Y el muchachito chupaba goloso y la miel blanca caía del pecho redondo como caen las luces a las que se les pide en la noche tres deseos.

A la segunda no la llevó al espacio. Ni al tercero. Pero a la cuarta sí. No voy a tener más chicos, le dijo, así que vení conmigo. La muchachita gorda sonreía en la cuna. Vamos, le dijo. Y flotaron un buen rato y el tiempo que había inventado aquel peludo padre perdido en los milenios perdidos, las envolvió hasta que volvieron, más sabias, más felices, más abrazadas la una a la otra como dos plantas entrelazadas en una reja de oro.

Vivió muchos años. Viajó al espacio muchísimas veces, desde su cocina, desde la terraza, desde una fiesta aburrida, desde una clase, desde un transatlántico, desde un cine, desde la calle y la plaza y el supermercado y el auto.

Murió muy viejita, tranquila, con una sonrisa en los labios. No, su sonrisa no quedó en el espacio como la del gato de Cheshire, pero si usted se esfuerza tal vez pueda ver la sombra de sus ojos, los de ella, en la luz rasante de un rayo dorado en las tardes de verano. Fíjese bien, pero no se deje ver, mire que es tímida y se ausenta enseguida. ■

ANGÉLICA GORODISCHER

Nació en Buenos Aires el 28 de julio de 1928 pero vive en la ciudad de Rosario, Provincia de Santa Fe. Es una de las más importantes escritoras argentinas vivas. Aunque ha publicado libros muy diversos, es más conocida por su obra de ciencia ficción. Tanto sus relatos como sus novelas, entre las que se encuentra *Kalpa Imperial* (un ciclo cuya primera parte fue publicada en 1983, y cuyos dos volúmenes se publicaron conjuntamente en 1984) le han ganado la admiración de los lectores. En 2003 se publicó la traducción al inglés de *Kalpa Imperial*, realizada por Ursula K. Le Guin <http://es.wikipedia.org/wiki/Ursula_K._Le_Guin>. La historia del legendario imperio que le valiera el reconocimiento de los lectores de habla hispana, también le ganó admiradores entre los lectores y especialistas de habla inglesa. Ha recibido el Premio Konex de Platino, el Premio Dignidad de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, Premio Bullrich de la SADE por la mejor novela de mujer y el Premio Esteban Echeverría de Narrativa. Es autora de numerosas novelas, entre ellas *Kalpa Imperial*; *Floreros de alabastro*, *alfombras de Bokhara*; *La noche del inocente*; *Tumba de jaguares*; *Querido amigo*. También de volúmenes de cuentos inolvidables como *Bajo las jubeas en flor*, *Trafalgar*, *Cómo triunfar en la vida* y *Menta*.



MISIONES

El casamiento

Olga Zamboni

Caperucita Roja no, qué tontería. Digo la gordita Lucy. Nadie en el pueblo hubiera supuesto que la gordita Lucy se llamaba en verdad Lausana y no Lucía, como es lógico deducir de su apodo. Lausana combinaba bien con el apellido extranjero, que ahora no recuerdo, de ilustre tradición protestante allá en el lejano cantón que un día el abuelo abandonó, vaya a saber por qué razón. Único heredero como era, no vaciló sin embargo en venirse a América y cortar con todo aquello: familia, Suiza, Europa. Una vez aquí, bah, en la Argentina, se casó por la iglesia católica, con todos sus ritos, con una criolla. Esto me contaba mi madre, que se enteró de la genealogía en rueda de mujeres la misma noche del casamiento. Lausana, es decir, Lucy, de algún modo recreaba en su nombre el país de origen de la ascendencia paterna. El bisabuelo, esto lo agrego de mi cosecha, se habrá estremecido allá en su tumba lejana cuando ocurrió tal nacimiento. Pero claro, la Lucy de suiza no tenía nada más que el nombre. Lausana debió de ser alguna mujer famosa de aquel tiempo, del tiempo del bisabuelo supongo. ¿Que es una ciudad dicen? Bah, es lo mismo.

Pero el verdadero nombre lo supieron cuando llegaron las participaciones. Cada una con su respectiva invitación. Todo el pueblo invitado. *Recibirán a Ud. y flia. después de la ceremonia religiosa en la casa de la novia.* Prometía ser la fiesta más grande de los contornos. La Empresa colaboró echándole cemento a una buena porción del amplio terreno en donde estaba ubicada la casa, alquilada desde que la familia se había instalado en el pueblo unos años atrás.

La verdad sea dicha: un trío simpático. Gorditos los tres y, seguramente por esto mismo, siempre alegres. La casa quedaba justo en los fondos del Correo. De modo que no había sido difícil el noviazgo entre Lucy y el nuevo jefe de la delegación. Ya no me acuerdo de su nombre. Siempre los cambios de jefes de Correo traían expectativas entre las chicas casaderas, porque por lo común eran solteros y enseguida hacían pareja. Para casarse, claro, no como ahora. Y eso antes de la llegada de la Empresa, porque después, hombres eran lo que sobraba.

Me contaron, no sé si habrá sido cierto, ustedes saben, en un pueblo las noticias vuelan y se tuercen, que los padres comenzaron a agasajarlo con comidas al jefecito. Él, lejos de la cocina de mamá, agarraba viaje con todo. Seguro que la vianda de los Torres, que desde la instalación de la Empresa hacían el gran negocio, era incomible. Y en casa de Lucy se servían manjares. Fíjense que los almacenes del pueblo aumentaron sus ventas a partir de la venida de esta familia. Y poco a poco, o no tan poco, fueron trayendo, a pedido de ellos, comestibles no usuales hasta entonces entre nosotros como alcauciles y champiñones, queso roquefort, paté de pavita y ni hablar de caviar y aceitunas rellenas. Sí, no se rían, antes era así. Y con las bebidas ocurrió otro tanto. Don Zito empezó a sacar de su bodega elixires que solía tener para su exclusivo consumo personal. Las cocineiras que pasaron por esa casa contaban grandezas de los banquetazos que se daban los tres únicos comensales, que después fueron cuatro con el novio. Gordos los tres. Más el jefecito, que no tardó en adquirir la consiguiente pancita. Pero la Lucy, digo Lausana, siempre fue de esas gorditas bien formadas, con cintura marcada y caderas bailarinas ¿vieron?

Pochi, la modista, trabajó como nunca para el casamiento. Antes no se alquilaban como ahora, y hasta del Paraguay, trajes de novia o de fiesta. Y las señoras querían lucir de lo mejor. Las más pudientes habían traído telas de Posadas. Otras se arreglaban con lo poco que se conseguía en el pueblo. El resultado fue un desfile de elegancias que dejó estupefactos a todos, especialmente a los maridos, que volvieron a enamorarse de sus propias mujeres, o de otras, según el caso.

No, no es un chiste. Desfilaron modelitos que no recordaban haber visto nunca antes. La moda bolsa y las polleras globo, el tul y el plumetí de nailon. Irreconocibles las señoras. Las locales buscaban hacerle la competencia a las de la Compañía, que traían, claro, las novedades de Buenos Aires. Aunque esto era más fama que otra cosa, pues muchas apenas eran del Chaco o de algún pueblito de Corrientes. Para modelos, cada quien se compraba el *Temporada* en el kiosco de Sandoval, que también estuvo invitado a la fiesta pero no quiso ir porque sus muletas lo fastidiaban.

El problema fue el clima. A quién se le ocurre, sólo a alguno que no es de aquí, bah, de Misiones, organizar tamaño fiestón en enero y en aque-

llas épocas. Fue uno de los veranos más calientes de los que hubo memoria; porque enero a veces, ustedes lo ven ahora ¿no es cierto? a veces viene con agua y casi fresco. Pero aquel enero, la semana del casamiento la temperatura no bajaba de 39 grados centígrados a la sombra. Ni un airecito movía las hojas, mirá si me acuerdo, yo andaba queriendo noviar para entonces... No existían esos ventiladores que ahora son cosa corriente, y de acondicionadores ni hablar. En casa teníamos un sótano para refrescar comida y bebida y punto. Ah, y el pozo. Dense cuenta, ahora parece que si una no bebe cerveza casi escarchada, y hasta con el vaso puesto en el frízer, no sirve, lo que son los tiempos modernos. Que me gustan, claro que me gustan, cómo no.

El calor, como digo, fue el peor desastre.

En la iglesia, lo más triste, o cómico, según se vea, eran los hombres. Cada cual con su traje paquetón, bah, *de vestir* se decía; más de uno, de lanilla, qué horror. La transpiración mojaba bancos y reclinatorios, traspasaba mangas y entrepiernas. Las mujeres, pegoteadas en sus maquillajes, se abanicaban sin parar. Hasta el cura sudaba, la sotana totalmente empapada a la hora de la toma del juramento esponsal. No era para menos, luego del énfasis de su violento sermón dirigido a los que sólo concurrían al templo en días de casamiento. Rabiaba y con razón, hablaba del infierno, y su transpiración aumentaba.

61
••

Los novios, ah, los novios. Como por milagro del amor se veían, además de contentísimos, casi frescos. Su alegría no había decaído para nada con la canícula. La novia en su amplísimo traje de tul fruncido en talle bajo por efecto del ajustado torso de moaré aparecía adelgazada. O tal vez había hecho régimen. De blanco, sí señor. Blanquísima Lucy. Salieron preciosas las fotos. Ellos, radiantes; de las caras congestionadas de los padrinos mejor no hablar.

El asunto central fue la cena. Una picada a lo grande donde había de todo. Especialmente cerdo asado y ensalada de papas con mayonesa. Mesas y bancos larguísimos ordenados sobre el piso de cemento que ni con baldes y baldes de agua habían podido templar...

Bueno, ya sé, quieren el final, pero no me apuren si me quieren sacar buena. La cosa fue el calor, como les digo. Cualquiera sabe que en esas condiciones lo más delicado de conservarse es el chanco. Sin heladeras, claro. Apenas las barritas de hielo traídas de Posadas, metidas entre el aserrín, para enfriar las bebidas. La comida había ido preparándose en bandejas desde el día anterior. Riquísimo, bien condimentado al estilo de ellos que, como ya les dije, eran de buen paladar y mejor diente.

Nadie se dio cuenta de nada aunque los primeros síntomas habrán ido apareciendo individualmente y por educación se contenían; pensarían que era cosa pasajera, producto de la cantidad y variedad de la

ingesta. Como a las tres de la mañana algunos bailaban, pero la mayoría seguía dándole fuerte al comer y al beber. Llegó la torta, crema y azúcar y chocolate blanco y las cintas, todo eso. Entonces fue cuando se notaron algunas ausencias y corridas notables como la del Juez de Paz, que se había retirado discretamente hacia los fondos. Hasta cierto punto esto podría no alarmar a nadie, pero el malestar fue tomando incremento, por no decir otra palabra. Hacia las cuatro, el ochenta por ciento de la concurrencia acusaba los síntomas de una descompostura feroz, imposible de disimular. El más atacado era el doctor Tomis. Decía mamá que había comido como bestia y vomitaba dando tum-bos. Lo mismo casi todos los hombres. Y las mujeres, para qué les cuento. Todas a la desbandada buscando aliviarse. Joder cómo quedaron los vestidos, cortinas, pisos, mesas, ajjj. Ahora parece gracioso, pero no lo fue en el cuero de los comensales y anfitriones. Tragedia culinaria, en el literal sentido del término.

¿Los novios? Hubo que llevarlos a Posadas e internarlos de urgencia. Comilones como eran, le habían estado dando al banquete desde el mediodía y el civil. Al cabo de quince días de sanatorio habrán adelgazado, supongo, yo nunca los vi, pero el suceso fue famoso y ellos de vergüenza no volvieron. Los padres de Lausana debieron responder a las denuncias por envenenamiento colectivo.

¿Yo? Yo no. Gracias a Dios, hijos, no me descompuse. Tampoco el abuelo, bah, mi novio entonces. Ya son grandes y esto les puedo contar, soy una vieja moderna. Esa noche, con la algarabía general, nadie notaría nuestra ausencia, de modo que nos escabullimos. Fuimos a mirar la luna sobre el Paraná, que estaba divina. Comíamos amor ¿qué más? Igual que ahora los jóvenes, no se hagan los desentendidos. Esa noche nos arreglamos y supe que el hombre con el que me iba a casar era el abuelo de ustedes. Y así nos salvamos de la indigestión, que le arruinó el estómago y la vida a más de uno. Nosotros, vivitos y coleando, por no decir otra cosa. Ji ji, la abuela también fue joven y nos las sabíamos todas. Nos casamos años después pero, eso sí, en pleno invierno. ■

OLGA ZAMBONI

Olga Zamboni nació en 1938 en Posadas, Misiones, y allí vive desde siempre. Docente de todos los niveles y de la Universidad Nacional de Misiones, y activa difusora cultural de su provincia, publicó varios libros de poesía y cuento. Algunos títulos: *Latitudes*, *Poemas de las Islas y de Tierrafirme*, *El Eterno Masculino*, *Mitominas*, *Tintacuentos*. Preparó antologías para el nivel medio, entre otras: *A la Deriva y otros cuentos de H. Quiroga y Cuentistas del Litoral*. Designada en 2002 miembro correspondiente de la Academia Argentina de Letras. Este cuento fue tomado del libro *Veinte cuentos en busca de un paraguas* (Editorial Vinciguerra, Buenos Aires, 1997).

La vaca

Rosita Escalada Salvo

Crisanta cruzó el mandiocal verdeante y sedoso. Apartó con los brazos morenos las ásperas hojas del maíz y siguió la senda trillada que caía hacia el arroyo.

La vaca. Poner la soga al cuello de la vaca, antes de que volviera el viejo. Antes de que regresara el gringo. Antes de que ese sol quemante descendiera...

La vaca de ubres secas reconoció a su dueña. Un largo mugido cortó los montes. Después, dócil, la siguió.

La vaca y la mujer, por el camino. Ni una sola vez se dio vuelta Crisanta a mirar su casa, ese galpón oscuro, allí, al costado. Con algunas gallinas batarazas por el patio. Y hasta un chancho.

Con el verano a cuestas y su vaca, tomó por la banquina de la ruta y comenzó a caminar los once kilómetros y tantos...

Era la segunda vez que hacía ese trayecto. La primera, con sus hijos. Un camionero se apiadó de su figura mustia, bajo el sol, y la llevó. A ella y a los cinco; el mayor, de nueve años.

Hubo uno más —recuerda—, pero cuando nació ya estaba muerto. La lluvia. El alcohol. El destino. Desde entonces, se le negó al gringo.

Y mientras camina tirando de la vaca, evoca cosas como si no le hubieran sucedido.

Pero, por sobre todo, ve a sus hijos. Ninguno fue a la escuela. Porque desde el amanecer, hasta el más chico, allí estaban, en la chacra.

La vimos a Crisanta meta azada, sobre la tierra ardiente. Sin domingos ni siestas. Preparando el terreno para la soja. Abriendo surcos para el maíz, para el zapallo. Y vimos a sus hijos —liebres salvajes— ocultándose al paso de los autos; ojos ariscos, manos en la boca, amarillean-do el pelo de los dos albinos.

Ahora los hijos están con su hermana. Es chico el rancho, pero alcanza. Y la tierra buena para el cultivo. Volverá a inclinarse sobre la azada, a empuñar el machete, a hundir la pala en las tardes calurosas. Ese destino no puede cambiarlo. Pero los hijos, por lo menos uno, tendrá escuela. Y no más gritos ni golpes...

Y sabe que sus veinticuatro años no tardarán en encontrar otro hombre.

El gringo llega a la casa. La casa que levantaron sus manos, cuando la trajo a la Crisanta. Patea a un perro escuálido que se le cruza. Mira indiferente una zapatilla que se quedó olvidada de la Nania, tan rubia que no puede mirar el sol.

Hay un silencio muy hondo en todo el patio. Hasta las gallinas callan.

Va a la cocina —apenas un estante en una esquina, una mesa inclinada y un fuego ceniciento sobre la tierra apisonada—, busca un vaso entre platos sucios y restos de comida. Lo llena con caña y se sienta en la veranda, los ojos perdidos en el pinar, en los naranjales.

El sol enrojecido se esconde lentamente. Un atajacaminos asusta a la vaca. Crisanta apura el paso, para ganarle a la noche. Ya falta poco...

El gringo mira al sol que un horizonte límpido se traga. Y piensa:

—Hay que poner en venta la chacra... ■

ROSITA ESCALADA SALVO

Nació en San Javier, Misiones, en 1942. Profesora de Letras, escritora y periodista, ha publicado libros didácticos y de literatura para chicos y jóvenes. Entre sus títulos: *La caza del yásí yateré*, *Las naranjas como globos que flotan*, *La mágica hora de la siesta*, *Paíto*. Fue cofundadora, con Héctor Di Mauro, de la Escuela Taller Provincial de Títeres de Puerto Rico, Misiones. Fue editora del Suplemento para Docentes del diario *Primera Edición*, de Posadas. El cuento que se reproduce pertenece al libro de cuentos *Los lunes lentijas* (Editorial Universitaria de Misiones, Posadas, 2002).



Narrativa Cardinal Argentina

Este libro se terminó de imprimir en el mes de
Septiembre de 2010 en Cooperativa de Trabajo Artes Gráficas
el Sol Limitada, Av. Amancio Alcorta 2190, Pque. Patricios,
Ciudad de Buenos Aires.

CHACO CORRIENTES FORMOSA ENTRE RÍOS SANTA FE MISIONES

